libro al viento

LA NUEVA MADRE

Ilustraciones de Alexa Forero

Traducción de Alejandra Yepes

Y DOS CUENTOS VICTORIANOS MÁS

Lucy Clifford

Mary de Morgan

Edith Nesbit

Libro al Viento

COLECCIÓN INICIAL

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.
Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ
Claudia Nayibe López Hernández
Alcaldesa Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE
Catalina Valencia Tobón
Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES
Mauricio Galeano Vargas
Director General
Maira Salamanca Rocha
Subdirectora de las Artes
Hanna Paola Cuenca Hernández
Subdirectora de Equipamientos Culturales
Leyla Castillo Ballén
Subdirectora de Formación Artística
Liliana Morales Ortiz
Subdirectora Administrativa y Financiera
Carlos Alberto Ramírez Pérez
Gerente de Literatura
Ricardo Ruiz Roa, Andrea Mojica Molina, María Camila Jaramillo Laverde, María Eugenia Montes Zuluaga, Wilmar Molina Vargas, Yalila Pérez Montoya, Ivonne Alejandra Malaver Castiblanco, Valeria Baena Robledo y Vivian Julieth Melo López.
Equipo del Área de Literatura

Primera edición (en Libro al Viento)
Bogotá, noviembre de 2022

Los derechos de los textos pertenecen a sus autores. Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes
© Alejandra Yepes, por la traducción.
© Fredy Ordóñez, por la presentación.

Camila Cardeñosa, diseño de la colección
Bastarda Type y Camila Cardeñosa, diseño de la tipografía Obispo
Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño y diagramación
Alexa Forero, Ilustraciones de cubierta e interiores
Fredy Ordóñez, edición
Wikimedia Creative Commons, imágenes de las autoras.

ISBN: 978-628-7531-71-0
Multi-Impresos SAS, impresión

Impreso en Colombia
Abril de 2023

GERENCIA DE LITERATURA
IDARTES
Carrera 8 N° 15-46. Bogotá D. C.
Teléfono: (601) 3795750
www.idartes.gov.co
contactenos@idartes.gov.co
@LibroAlViento @LibroAlViento

LA NUEVA MADRE

Y DOS CUENTOS
VICTORIANOS MÁS

7
CUENTOS DE HADAS VICTORIANOS: ALGUNAS PISTAS
Presentación

13
MELISANDE
Edith Nesbit

57
A TRAVÉS DEL FUEGO
Mary de Morgan

134
LA NUEVA MADRE
Lucy Clifford

205
LAS AUTORAS

Libro al Viento es un programa de fomento a la lectura del Instituto Distrital de las Artes - Idartes, entidad adscrita a la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte.

CUENTOS DE HADAS VICTORIANOS: ALGUNAS PISTAS

Presentación

DE ALGÚN MODO, TORTUOSO, MÁGICO, INESPERADO, estos cuentos nos hablan de la infancia, de lo que piensan los niños, de los mismos orígenes de nuestra imaginación y de una época también.

Son originalmente cuentos para niños, sí, pero resultado de un siglo en que los niños no gozaban del aura que los protege y a veces los envalentona hoy, pues la idea que se tiene de los niños (y por consiguiente de las lecturas acordes a ellos) se comenzó plenamente a gestar apenas en el siglo XVII. Por eso estos cuentos pueden resultar extraños o poco condescendientes con los niños, pero en cualquier caso se dirigen a ellos quizás tratándolos como sin duda merecen ser tratados: con respeto por su inteligencia y sensibilidad, y desafiando a la una y a la otra sin cortapisas. Son

cuentos para niños escritos por autoras de la época victoriana, y aquí tal vez valga la pena señalar un par de claves que se refieren al momento histórico al que las autoras pertenecen. Hablamos del siglo XIX, en Inglaterra, bajo el reinado de la reina Victoria (de ahí el nombre de esta era), durante cuyo reinado, que se extendió por 64 años (de 1837 a 1902), la sociedad se transformó extraordinariamente; por un lado, pasó de ser una sociedad rural a una crecientemente industrializada: la invención de la máquina a vapor (y luego el ferrocarril y después el desarrollo de la energía eléctrica, entre otras muchas innovaciones) hizo que la capacidad de producción se incrementara a niveles nunca antes vistos; y, por otro lado, y gracias al crecimiento industrial y económico, se consolidó cierta clase burguesa, a la par que la proletaria, lo que sumado a otros factores promovió una sociedad oscuramente plagada de normas de comportamiento y sofocada por moralismos.

Las autoras de estos cuentos nacieron en Londres, en los años cuarenta y cincuenta de ese animado y expansivo siglo XIX, presenciaron la evolución de los desarrollos tecnológicos y la agudización jerárquica del orden social, y supieron de la marginalización que sufrieron las mujeres en la calle e incluso en su propia casa. Sin embargo, hicieron parte de una sociedad en la que, en contrapartida —durante esa segunda mitad del siglo XIX de la Inglaterra victoriana—, estalló el "mayor

florecimiento del género infantil producido en toda la historia de la literatura" (como explica Jonathan Cott en *Cuentos de hadas victorianos*).

De ese extraordinario acervo, y prefigurado el febril contexto victoriano en el que surgió (tensado por múltiples fuerzas contradictorias), cobran sentido algunos de los aspectos de los tres cuentos a continuación: aquel de un niño enfermizo que, solitario junto al fuego el día de Navidad, de repente tiene el encargo de ir a visitar al viejo del Polo Norte y averiguar cómo es posible el amor entre la princesa del fuego y el príncipe del agua ("A través del fuego"); el de las niñas que, cegadas por su curiosidad y obnubiladas por la promesa de una diversión, se debaten entre cumplir las normas y romperlas, aun poniendo en entredicho la existencia de su madre y la llegada de otra, una malvada de ojos de vidrio y cola de madera ("La nueva madre"); y el de esa princesa cuyos padres, en mala hora, decidieron no invitar a las hadas a su bautizo, pues como consecuencia la condenaron a ser calva.

Valga hacer una advertencia final: estos cuentos (a veces terroríficos, siempre bien narrados, no pocas veces hilarantes) no solamente están para el deleite (y confusión) de los niños, sino también para el de los adultos, o niños y adultos mejor, pues (de nuevo Jonathan Cott) esa profusión

de literatura infantil durante el siglo XIX, en esa Inglaterra imperialista e industriosa, se explica parcialmente porque hombres y mujeres tienen por primera vez la oportunidad de "explorar una sensibilidad infantil sin necesidad de disculpar sus deseos ni tener que recurrir a coartadas". Ya se sabe: la mejor literatura no discrimina edades; también se sabe: los personajes de los cuentos no están seguros de si lo que les pasa ocurre en la realidad de su vigilia o brota de lo más profundo de sus sueños.

Fredy Ordóñez
Editor de Libro al Viento

LA NUEVA MADRE

Ilustraciones de Alexa Forero

Traducción de Alejandra Yepes

Y DOS CUENTOS VICTORIANOS MÁS

Lucy Clifford

Mary de Morgan

Edith Nesbit

MELISANDE

Edith Nesbith

CUANDO LA PRINCESA MELISANDE NACIÓ, su madre, la reina, quiso hacerle una fiesta de bautismo, pero el rey se plantó firme y dijo que no lo permitiría.

—He visto que surgen muchos problemas de las fiestas de bautismo —dijo—. No importa cuán cuidadoso sea uno con su lista de invitados, alguna u otra hada seguro se queda por fuera, y ya sabes qué pasa después. Hasta en mi propia familia han ocurrido las cosas más increíbles. El Hada Malévola no fue invitada al bautismo de mi bisabuela... y ya sabes todo lo de la rueca y el sueño de cien años.

—Quizá tengas razón —dijo la reina—. Mi prima política se olvidó de algún hada vieja y amargada cuando estaba enviando las invitaciones para el bautismo de su hija, y la vieja desgraciada apareció a último minuto, y a la muchacha le caen sapos de la boca hasta el sol de hoy.

—Precisamente. Y luego pasó ese asunto del ratón y las cocineras —dijo el rey—. Nosotros no cometeremos ninguna tontería. Yo seré su padrino y tú serás su madrina, y no le diremos a ninguna hada, entonces ninguna podrá ofenderse.

—A menos que se ofendan todas —dijo la reina.

Y eso fue exactamente lo que sucedió. Cuando el rey y la reina y la bebé regresaron del bautismo, la criada los recibió en la puerta y les dijo:

—Su Majestad, varias señoras han llamado. Les dije que no estaban ustedes en casa, pero todas dijeron que esperarían.

—¿Están en el salón? —preguntó la reina.

—Las hice pasar a la Sala del Trono, Su Majestad —dijo la criada—. Como verá, son muchas.

Había unas setecientas. La gran Sala del Trono estaba atestada de hadas, de todas las edades y todos los grados de belleza y fealdad... Hadas buenas y hadas malas, hadas de las flores y hadas de la luna, hadas como arañas y hadas como mariposas. Y mientras la reina abría la puerta y comenzaba a decir cuánto sentía haberlas hecho esperar, todas gritaron al unísono:

—¿Por qué no me invitaste a mí a la fiesta de bautismo?

—No he hecho ninguna fiesta —dijo la reina, y se dio la vuelta para susurrarle al rey—, te lo dije —ese fue su único consuelo.

—Celebraste el bautismo —dijeron las hadas, todas juntas.

—Lo siento mucho —dijo la pobre reina.

Pero Malévola se adelantó y dijo, groseramente:

—¡Cierra la boca!

Malévola es el hada más vieja, así como la más malvada de todas. Es merecidamente impopular y ha sido excluida de más fiestas de bautismo que todas las demás hadas juntas.

—No empieces a poner excusas —dijo señalando a la reina con el dedo—. Eso solo te hace ver peor. Sabes bien qué pasa cuando un hada no es invitada a una fiesta de bautismo. Todas vamos a dar nuestros regalos de bautismo ahora. Como el hada de mayor posición social, yo empezaré. La princesa será calva.

La reina casi se desmayó mientras Malévola retrocedía, y otra hada con un elegante tocado de serpientes dio un paso adelante, con un crujido como de alas de murciélago. Pero el rey se adelantó también.

—¡Nada de eso! —dijo él—. Me asombran ustedes, realmente. ¿Cómo pueden actuar de manera tan impropia para un hada? ¿Es que ninguna de ustedes ha ido a la escuela, es que ninguna ha estudiado la historia de su propia raza? Seguramente no necesitan que un pobre rey ignorante como yo les diga que esto no está bien, ¿no?

—¿Cómo te atreves? —exclamó el hada del tocado, y las serpientes se estremecieron al sacudir ella su cabeza—. Es mi turno, y digo que la princesa será...

El rey cubrió la boca del hada con su mano.

—Mira —dijo—, no lo permitiré. Escucha lo que te digo, o te arrepentirás luego. Las hadas que rompen las tradiciones de la historia de las hadas se apagan... sabes que sí... como la llama de una vela. Y toda la tradición demuestra que solo un hada mala es olvidada en una fiesta de bautismo, y todas

las buenas siempre son invitadas; así que o esta no es una fiesta de bautismo, o todas ustedes fueron invitadas excepto una, y, como ella misma demostró, fue Malévola. Casi siempre lo es. ¿Me explico?

Varias de las hadas de mejor categoría que habían sido persuadidas por Malévola murmuraron que había algo de razón en lo que decía Su Majestad.

—Inténtenlo, si no creen lo que digo —dijo el rey—. Denle sus crueles regalos a mi inocente hija, pero apenas lo hagan, se extinguirán, como la llama de una vela. Entonces... ¿se arriesgarán?

Nadie respondió, y en breve varias hadas se acercaron a la reina para decirle qué agradable había sido la fiesta, pero que ya debían marcharse. Este ejemplo convenció a las demás. Una por una, todas las hadas se despidieron de la reina y le agradecieron por la placentera tarde que habían pasado con ella.

—Ha sido precioso —dijo la dama con el tocado de serpientes—. Por favor, invítanos de nuevo pronto, querida reina. Esperaré con ansias verte de nuevo, y a la querida bebé —y se alejó, con el adorno de serpientes temblando más que nunca.

Una vez que la última de las hadas se hubo marchado, la reina corrió a ver a la bebé, le quitó de un tirón su caperuza de encaje, y rompió en llanto. Todo su cabello suave y dorado se había desprendido con la caperuza, y la princesa Melisande estaba calva como un huevo.

—No llores, amor mío —dijo el rey—. Tengo guardado un deseo que nunca he tenido ocasión de usar. Mi hada madrina me lo obsequió como regalo de bodas, ¡pero desde ese entonces no he tenido nada que desear!

—Gracias, querido —dijo la reina, sonriendo entre lágrimas.

—Guardaré el deseo hasta que la bebé crezca —continuó el rey—. Y luego se lo daré a ella, y si quiere usarlo para tener cabello, podrá hacerlo.

—Oh, ¿no quieres pedir eso ahora? —dijo la reina, derramando lágrimas mezcladas con besos en la cabecita redonda y lisa.

—No, querida. Puede que ella desee algo más cuando crezca. Y además, puede que el cabello vuelva a crecerle solo.

Pero nunca lo hizo. La princesa Melisande creció, bella como el sol y buena como el oro, pero ni un solo pelo creció en su pequeña cabeza. La reina le cosió caperucitas de seda verde, y el rostro blanco y rosado de la princesa se veía como una flor saliendo de su botón. Y con cada día que se volvía mayor, se volvía también más adorable, y mientras más adorable se volvía, también se volvía

más buena; y mientras más buena se volvía, también se volvía más hermosa.

Cuando ya había crecido, la reina le dijo al rey:

—Amor mío, nuestra querida hija es lo suficientemente mayor para saber lo que quiere. Deja que tenga su deseo.

Entonces el rey le escribió a su hada madrina una carta que le envió con una mariposa. Le preguntó si podía transmitirle a su hija el deseo que el hada le había dado como regalo de bodas.

"Nunca he tenido ocasión de usarlo —le escribió—, aunque siempre me ha traído felicidad recordar que tenía algo así en casa. El deseo está como nuevo, y mi hija ya tiene edad para apreciar un regalo tan valioso".

A esto, el hada respondió a vuelta de mariposa:

Querido rey:

Haz lo que desees con mi pobre regalo. Lo había olvidado por completo, pero me complace que hayas atesorado mi humilde recuerdo todos estos años.

Tu afectuosa madrina,

Fortuna F.

Así que el rey abrió su caja fuerte de oro con las múltiples llaves cubiertas de diamantes que colgaban de su cinturón, sacó el deseo y se lo dio a su hija.

Y Melisande dijo:

—Padre, desearé que todos tus súbditos sean muy felices.

Pero ya lo eran, pues el rey y la reina eran muy buenos. Así que el deseo no funcionó.

Entonces ella dijo:

—En ese caso, deseo que sean buenos.

Pero ya lo eran, pues eran felices. Así que de nuevo el deseo no hizo efecto.

Entonces la reina dijo:

—Querida, por mí, desea lo que te diré.

—Pero claro que lo haré —dijo Melisande. La reina le susurró algo al oído, y Melisande asintió con la cabeza. Luego dijo en voz alta:

—Deseo tener cabello dorado, tan largo como un metro, y que crezca dos centímetros todos los días, y que crezca dos veces más rápido cada vez que lo corte, y...

—Detente —pidió el rey, y el deseo estalló, y un momento después la princesa le sonreía a través de una lluvia de cabello dorado.

—Oh, qué hermoso —dijo la reina—. Lástima que la hayas interrumpido, querido; no había terminado.

—¿Cuál era el final? —preguntó el rey.

—Oh —dijo Melisande—, solo iba a decir: "... y dos veces más grueso".

—Es muy buena cosa que no lo hayas dicho —dijo el rey—. Ya has hecho suficiente —él tenía una mente matemática, y podía hacer la suma de los granos de trigo en el tablero de ajedrez, y de los clavos en la herradura del caballo en su real cabeza, sin ningún problema.

—¿Por qué, qué sucede? —preguntó la reina.

—Lo sabrás pronto —dijo el rey—. Vamos, seamos felices mientras podamos. Dame un beso, pequeña Melisande, y ve con la nodriza para que te enseñe a cepillar tu cabello.

—Yo sé —dijo Melisande—, he cepillado el de mamá.

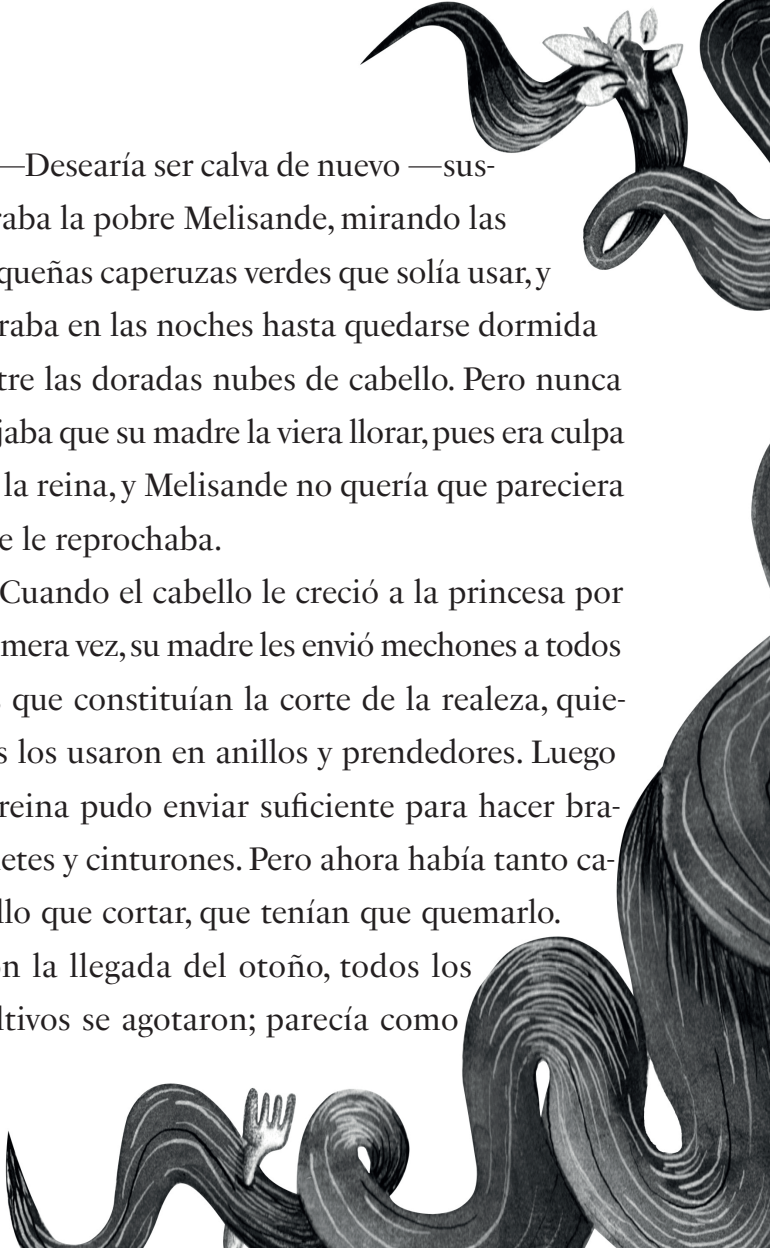
—Tu madre tiene un cabello precioso —dijo el rey—, pero me parece que te resultará menos sencillo lidiar con el tuyo.

Y, en efecto, así fue. El cabello de la princesa comenzó siendo tan largo como un metro, y creció dos centímetros cada noche. Si sabes algo sobre la más simple aritmética, verás que en cinco semanas su cabello ya tenía casi dos metros de largo. Esta es una longitud bastante inconveniente. Se arrastra por el suelo y recoge todo el polvo, y aunque en los palacios, por supuesto, el polvo sea todo de oro, de todos modos no es agradable tenerlo en el cabello. Y el cabello de la princesa crecía dos centímetros todas las noches. Cuando tenía tres metros de largo, la princesa ya no podía soportarlo —era tan pesado y le daba tanto calor—, así que tomó prestadas las tijeras de la nodriza y se lo cortó todo, y por unas horas estuvo cómoda. Pero el cabello continuó creciendo, y ahora crecía dos veces más rápido que antes; así que en treinta y seis días ya estaba más largo que

nunca. La pobre princesa lloraba de cansancio; cuando no pudo soportarlo se lo cortó y se sintió bien por muy poco tiempo, pues ahora su cabello crecía cuatro veces más rápido que al principio, y en dieciocho días estuvo otra vez tan largo como antes, y tuvo que cortárselo. Entonces creció dieciséis centímetros por día, y la siguiente vez que se lo cortó creció treinta y dos centímetros por día, y luego sesenta y cuatro, y luego ciento veintiocho por día, y así sucesivamente, creciendo dos veces más rápido después de cada corte, hasta que la princesa llegó a acostarse cada noche con el cabello corto para despertarse en la mañana con metros y metros y metros de cabello dorado que inundaban la habitación, de modo que no podía moverse sin halar su propio cabello, y la nodriza tenía que venir y cortar el cabello para que ella pudiera levantarse de la cama.

—Desearía ser calva de nuevo —suspiraba la pobre Melisande, mirando las pequeñas caperuzas verdes que solía usar, y lloraba en las noches hasta quedarse dormida entre las doradas nubes de cabello. Pero nunca dejaba que su madre la viera llorar, pues era culpa de la reina, y Melisande no quería que pareciera que le reprochaba.

Cuando el cabello le creció a la princesa por primera vez, su madre les envió mechones a todos los que constituían la corte de la realeza, quienes los usaron en anillos y prendedores. Luego la reina pudo enviar suficiente para hacer brazaletes y cinturones. Pero ahora había tanto cabello que cortar, que tenían que quemarlo. Con la llegada del otoño, todos los cultivos se agotaron; parecía como



si todo el oro de la cosecha se hubiera ido con el cabello de la princesa. Entonces hubo hambruna. Y Melisande dijo:

—Me parece una lástima desperdiciar todo mi cabello; realmente crece muy rápido. ¿No podríamos rellenar cosas con él, o algo, y venderlas para alimentar al pueblo?

Entonces el rey llamó a un consejo de mercaderes, y enviaron muestras del cabello de la princesa, y pronto comenzaron a llegar los pedidos, y el cabello de la princesa se convirtió en la principal exportación del país. Rellenaron almohadas con él, y rellenaron camas con él. Hicieron cuerdas con él para las labores de los marineros, y cortinas para colgar en los palacios del rey. Hicieron estopa con él, para los ermitaños y otras personas que desearan estar incómodas. Pero era tan suave y sedoso que solo los alegró y los abrigó, lo cual no querían.

Así que los ermitaños renunciaron a usarlo, y en su lugar, las madres lo compraron para sus bebés, y todos los bebés de buena cuna usaron pequeñas camisas de tela hecha con el cabello de la princesa.

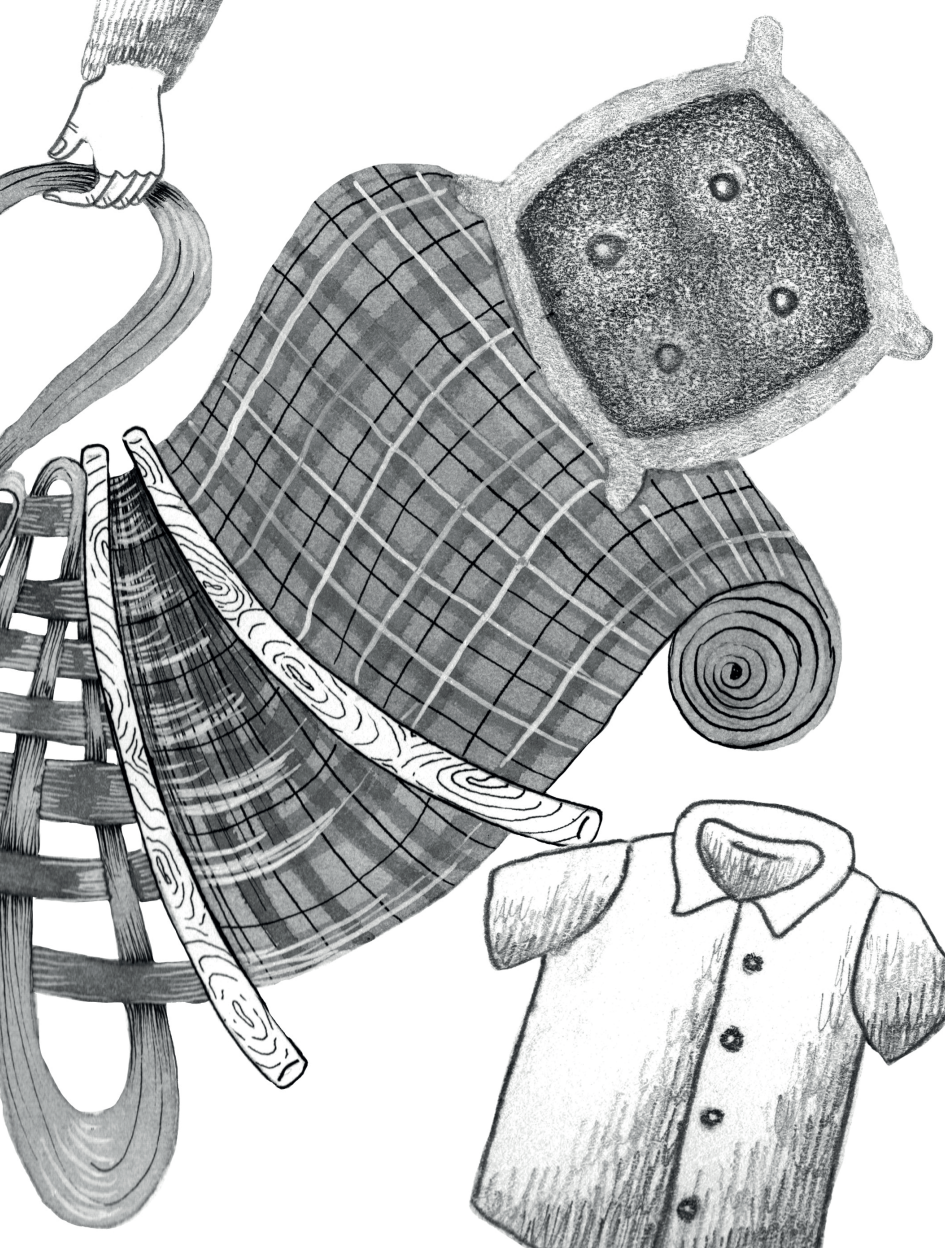
Y aun así el cabello continuó creciendo y creciendo. Y las gentes fueron alimentadas y la hambruna llegó a su fin. Entonces el rey dijo:

—Todo estaba de maravilla mientras duró la hambruna, pero ahora debo escribirle a mi hada madrina y ver si puede hacerse algo.

Así que escribió y envió la carta con una alondra, y a vuelta de pájaro llegó la respuesta:

¿Por qué no poner un anuncio para un príncipe competente? Ofrece la recompensa usual.

Entonces el rey envió a sus heraldos por todo el mundo para que proclamaran que cualquier



príncipe respetable con las referencias apropiadas podría casarse con la princesa Melisande si lograba hacer que su cabello dejara de crecer.

De lugares lejanos y cercanos vinieron filas de príncipes ansiosos por probar suerte, y trajeron consigo toda clase de cosas desagradables en botellas y cajas redondas de madera. La princesa probó todos los remedios, pero no le gustó ninguno, y tampoco le gustó ninguno de los príncipes, así que en su fuero interno se sentía más bien contenta de que ninguna de las cosas horribles en las botellas y cajas hiciera efecto alguno en su cabello.

Ahora la princesa tenía que dormir en la gran Sala del Trono, pues ninguna otra habitación era lo suficientemente grande para albergarla a ella y a su cabello. Cuando despertaba en la mañana, la amplia y alta habitación estaba a rebosar de su

cabello dorado, apretado y grueso como lana en un establo. Y todas las noches, después de hacerse casi rapar el cabello, se vestía con su camisón de seda verde, se sentaba junto a la ventana y lloraba, besando las caperucitas verdes que solía usar, y deseaba ser calva de nuevo.

Fue mientras lloraba allí sentada en la víspera del solsticio de verano cuando vio por primera vez al príncipe Florizel.

Había venido al palacio esa noche, pero no quería aparecer a su encuentro con el polvo del camino encima, y ella se había retirado con su cabello llevado por veinte pajes antes de que él pudiera darse un baño, cambiarse de ropas y entrar en la sala de recepción.

Ahora caminaba por los jardines a la luz de la luna, y miró hacia arriba, y ella hacia abajo, y por primera vez Melisande, al mirar a un príncipe,

deseó que tuviera el poder para hacer que su cabello dejara de crecer. En cuanto al príncipe, deseó muchas cosas, y la primera le fue concedida. Dijo:

—¿Eres Melisande?

—¿Y tú eres Florizel?

—Hay muchas rosas alrededor de tu ventana —dijo él—, y aquí abajo no hay ninguna.

Ella le lanzó una de las tres rosas blancas que sostenía en su mano. Luego él dijo:

—Los árboles de rosas blancas son fuertes. ¿Puedo subir hasta ti?

—Sin duda —dijo la princesa. Así que él trepó hacia la ventana.

—Ahora —dijo—, si puedo hacer lo que tu padre pide, ¿te casarías conmigo?

—Mi padre prometió que lo haría —dijo Melisande, jugando con las rosas blancas de su mano.

—Querida princesa —dijo él—, la promesa de tu padre no es nada para mí. Quiero la tuya. ¿Me la darás?

—Sí —dijo ella, y le dio la segunda rosa.

—Quiero tu mano.

—Sí —dijo ella.

—Y con ella tu corazón.

—Sí —dijo la princesa, y le dio la tercera rosa.

—Y un beso para sellar la promesa.

—Sí —dijo ella.

—Y un beso para acompañar la mano.

—Sí —dijo ella.

—Y un beso para traer el corazón.

—Sí —dijo la princesa, y le dio los tres besos.

—Ahora —dijo él, después de regresárselos—, esta noche no te acuestes. Quédate junto a tu ventana y yo me quedaré aquí abajo, en el jardín, y vigilaré. Y cuando tu cabello haya crecido

hasta llenar tu habitación, llámame, y luego haz lo que te diga.

—Eso haré —dijo la princesa.

Al amanecer, el príncipe, acostado en el césped junto al reloj de sol, escuchó su voz:

—¡Florizel! ¡Florizel! Mi cabello creció tanto que me está empujando por la ventana.

—Sal al alféizar de la ventana —dijo él—, y enrolla tu cabello tres veces en el gancho grande de hierro que verás ahí.

Y eso hizo ella.

Entonces el príncipe trepó por el arbusto de rosas con su espada entre los dientes, tomó el cabello de la princesa como a un metro de su cabeza, y le dijo:

—¡Salta!

La princesa saltó y gritó, pues estaba colgada del gancho a un metro y medio de su cabello

brillante; el príncipe agarró con más fuerza el cabello en su mano y pasó su espada a través de él.

Luego la bajó suavemente por el cabello hasta que sus pies tocaron la hierba, y bajó de un salto tras ella.

Se quedaron conversando en el jardín hasta que todas las sombras se arrastraron bajo sus respectivos árboles y el reloj de sol marcaba la hora del desayuno.

Entonces entraron para desayunar, y toda la corte se amontonó a su alrededor para observar y asombrarse, pues el cabello de la princesa no había crecido.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó el rey, apretando calurosamente la mano de Florizel.

—La cosa más simple del mundo —dijo Florizel, con modestia—. Siempre le han cortado

el cabello a la princesa. Yo le corté la princesa al cabello.

—¡Eh! —dijo el rey, quien tenía una mente lógica. Y durante el desayuno miró más de una vez a su hija, ansiosamente. Después del desayuno, la princesa se levantó de la mesa con los demás, pero subió y subió, hasta que pareció que nunca dejaría de subir. La princesa medía tres metros de altura.

—Me lo temía —dijo el rey, con tristeza—. Me pregunto cuál será el ritmo de progresión. Verás —le dijo al pobre Florizel—, cuando le cortamos el cabello, él crece, cuando le cortamos la princesa, ella crece. ¡Desearía que se te hubiera ocurrido eso!

La princesa continuó creciendo. Para la hora de cenar, tuvieron que llevarle la cena al jardín, pues era demasiado grande para entrar en el palacio. Pero ella se sentía muy triste para comer

nada, y lloró tanto que había un charco en el jardín, y varios pajes estuvieron a punto de ahogarse. Entonces se acordó de *Alicia en el país de las maravillas* y dejó de llorar al instante. Pero no dejó de crecer. Creció y creció y creció hasta que tuvo que salir de los jardines del palacio y sentarse en la plaza pública, e incluso esta resultó demasiado pequeña para contenerla, pues cada hora crecía el doble de lo que había crecido la hora anterior. Y nadie sabía qué hacer, ni dónde dormiría la princesa. Afortunadamente, sus vestidos habían crecido con ella, de otro modo habría tenido mucho frío, y ahora estaba sentada en la plaza con su vestido verde, recamado de oro, y parecía una colina verde cubierta de tojo florecido.

No puedes imaginarte lo mucho que crecía la princesa, y su madre se retorcía las manos viéndola desde la torre del castillo, y el príncipe

Florizel miraba descorazonado cómo su princesa era arrancada de sus brazos y se convertía en una mujer grande como una montaña.

El rey no lloró ni se quedó mirando. Se sentó de inmediato a escribirle a su hada madrina, para pedirle consejo. Envió a una comadreja con la carta, y a vuelta de comadreja recibió de nuevo su propia carta, marcada con un:

Se marchó. No dejó dirección.

Fue en ese momento, en el que el reino se sumía en la melancolía, cuando un rey vecino tuvo la idea de enviar un ejército a invadir la isla donde Melisande vivía. Llegaron en barcos y desembarcaron por montones, y Melisande vio desde su altura a los soldados extranjeros marchar por la sagrada tierra de su país.

—No me disgusta tanto ahora —dijo—, si puedo ser útil de este tamaño.

Y tomó el ejército del enemigo por puñados, volvió a meterlos en sus naves y a cada una de ellas le dio un empujón con el índice y el pulgar, lo cual lanzó cada barco despedido con tanta velocidad que no se detuvieron hasta llegar a su país de origen, y cuando llegaron allí, todos sin excepción dijeron que preferirían ser juzgados por el Tribunal que volver a aquel lugar.

Mientras tanto, Melisande, en la colina más alta de la isla, sentía la tierra temblar bajo sus pies gigantescos.

—Creo que me estoy volviendo demasiado pesada —dijo, y saltó desde la isla hacia el mar, que le llegaba solo hasta los tobillos. En ese instante una nueva escuadra de barcos de guerra y cañoneros y botes torpedo se aproximó, con la intención de atacar la isla.

Melisande podría fácilmente haberlos hundido a todos con una patada, pero no quiso hacerlo porque podría haber ahogado a los marineros y, además, podría haber inundado la isla.

De modo que simplemente se agachó y levantó la isla como si fuera un champiñón —porque, por supuesto, todas las islas tienen debajo un tallo que las sostiene— y se la llevó a otro lugar del mundo. Así que cuando los barcos de guerra llegaron a donde la isla estaba marcada en el mapa, no encontraron más que mar, y un mar bastante picado, pues la princesa lo había revuelto todo con sus tobillos mientras se alejaba con la isla a través de él.

Cuando Melisande encontró un lugar adecuado, muy soleado y cálido, y sin tiburones en el agua, soltó la isla, y las gentes la ajustaron con anclas, y entonces todos se fueron a dormir, agradeciendo

al amable destino que les había enviado a una princesa tan buena para que los ayudara en sus momentos de necesidad, y llamándola la salvadora de su país y baluarte de su nación.

Pero ser el baluarte de la nación y la salvadora del país es un trabajo bastante ingrato cuando mides kilómetros de altura y no tienes con quién hablar, y cuando lo único que quieres es volver a tener tu humilde tamaño y casarte con tu amor. Y cuando ya estaba oscuro la princesa se acercó a la isla y miró hacia abajo, desde bien arriba, hacia su palacio y su torre, y lloró y lloró y lloró. Pero no importa cuánto llores en el mar, no hace mayor diferencia, sin importar cuán grande seas. Entonces, cuando todo estaba más oscuro, la princesa miró arriba, hacia las estrellas.

—Me pregunto cuándo seré tan grande que mi cabeza se golpee con ellas —dijo.

Y mientras contemplaba las estrellas, escuchó un susurro justo en su oído, un susurro muy pequeño, pero muy claro.

—¡Córtate el cabello! —decía.

Ahora, todo lo que la princesa llevaba puesto había crecido junto con ella, así que ahora colgaban de su cinturón dorado una tijeras tan grandes como la península de Malasia, junto con un alfiletero del tamaño de la isla de Wight, y una cinta de medir que habría podido darle la vuelta a Australia.

Y cuando escuchó la vocecita, la reconoció —aunque fuera diminuta—: era la del querido príncipe Florizel; y sacó las tijeras de su estuche de oro y, *tris, tras*, se cortó todo el cabello, y este cayó en el mar. Los insectos de los corales lo tomaron de inmediato y se pusieron a trabajar en él, y ahora lo han convertido en el arrecife de coral más grande del mundo; pero eso no tiene nada que ver con la historia.

Entonces la voz dijo:

—Acércate a la isla —y la princesa lo hizo, pero no pudo acercarse mucho por ser tan grande, y miró de nuevo hacia las estrellas y le pareció que estaban más lejos.

Entonces la voz dijo:

—Prepárate para nadar —y ella sintió que algo salía de su oreja y trepaba por su hombro. Las estrellas se alejaron más y más, y en un momento la princesa se encontró nadando en el mar, con el príncipe Florizel nadando a su lado.

—Me subí en tu mano cuando transportabas la isla —explicó él cuando sus pies tocaron la arena y pudieron caminar hacia la playa a través del agua poco profunda—, y me metí dentro de tu oreja. No me notaste porque eras demasiado grande en ese momento.

—Oh, mi querido príncipe —lloró Melisande, dejándose caer en sus brazos—, me has salvado. Soy otra vez de mi tamaño apropiado.

Así que fueron a casa y les contaron todo al rey y a la reina. Ambos estuvieron muy, muy contentos, pero el rey se frotó el mentón con su mano y dijo:

—Ciertamente te has esforzado, jovencito, pero ¿no ves que estamos igual que antes? Pues el cabello de esta muchacha ya está creciendo.

Y, en efecto, así era.

Entonces el rey le envió una carta a su hada madrina nuevamente. La envió con un pez volador, y a vuelta de pez vino la respuesta:

Recién vuelvo de mis vacaciones. Lamento tus molestias. ¿Por qué no pruebas con balanzas?

Y sobre este mensaje reflexionó la corte entera por varias semanas.

Pero el príncipe mandó a hacer una balanza de oro, y la colgó de un gran roble en los jardines del palacio. Y una mañana le dijo a la princesa:

—Mi querida Melisande, debo hablar contigo muy seriamente. Nuestra vida avanza. Tengo casi veinte años; ya es hora de que pensemos en sentar cabeza. ¿Quieres confiar en mí por completo y subirte a esa balanza dorada?

Así que bajó con ella al jardín y le ayudó a subirse a la balanza, y ella se acurrucó allí con su vestido verde y dorado, como un montón de hierba adornado con ranúnculos.

—¿Y qué va en el otro lado de la balanza? —preguntó Melisande.

—Tu cabello —dijo Florizel—. Verás, cuando te cortamos el cabello, él crece, y cuando te

cortamos a ti, tú creces... Ay, luz de mis ojos, nunca podré olvidar cómo creciste, ¡nunca! Pero, si tu cabello no es más que tú, ni tú eres más que tu cabello, y yo paso las tijeras entre él y tú, entonces ni tú ni tu cabello podrán decidir cuál de los dos debe crecer.

—Imagina que ambos lo hiciéramos —dijo la pobre princesa, con pesar.

—Imposible —dijo el príncipe, encogiéndose de hombros—, hay límites incluso en la malevolencia de Malévola. Además, el hada madrina dijo "balanzas". ¿Lo intentarás?

—Haré lo que desees —dijo la pobre princesa—, pero déjame besar a mi padre y a mi madre una vez, y a la nodriza, y a ti también, querido, por si crezco otra vez y no puedo volver a besar a nadie.

Así vinieron todos, uno por uno, y besaron a la princesa.

Entonces la nodriza cortó el cabello de la princesa, e inmediatamente comenzó a crecer a un ritmo alarmante.

El rey y la reina se apresuraron a acomodarlo, mientras crecía, en el otro plato de la balanza, y gradualmente esta se niveló un poco. El Príncipe esperaba en medio de los dos platos, con su espada desenvainada, y justo antes de que la balanza se equilibrara, asestó el golpe. Pero en el tiempo que le tomó a su espada atravesar el aire, el cabello de la princesa creció un metro o dos, de modo que en el instante del golpe el equilibrio era justo.

—Eres un joven sensato —dijo el rey, abrazándolo, mientras la reina y la nodriza corrían a ayudar a la princesa a bajar de la balanza de oro.

El plato de la balanza que estaba lleno de cabello dorado cayó al suelo cuando la princesa se bajó del otro, y esta fue al encuentro de quienes

la amaban, riendo y llorando de felicidad, pues se quedó de su tamaño y su cabello ya no crecía.

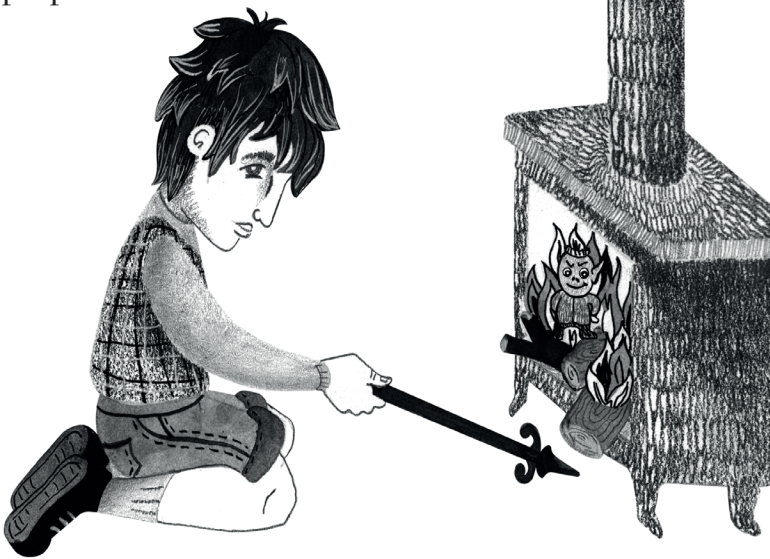
Besó al príncipe cien veces, y al día siguiente se casaron. Todos comentaron la belleza de la novia, y señalaron que su cabello estaba bastante corto —apenas medía un metro y medio—, justo a la altura de sus bellos tobillos; pues los platos de la balanza estaban a tres metros de distancia, y el príncipe, que tenía un ojo certero, había cortado el dorado cabello exactamente en el medio.

A TRAVÉS DEL FUEGO

Mary de Morgan

EL PEQUEÑO JACK ESTABA JUNTO AL FUEGO, contemplándolo con tristeza. Tenía siete años, pero era tan pequeño y pálido que no parecía tener más de cinco, pues era enfermizo. No tenía hermanos ni hermanas, y casi siempre estaba solo, pues su madre, que era viuda, estaba fuera todo el día dando clases de música, y con frecuencia también se ausentaba en la noche para tocar música de baile en fiestas infantiles. Los dos vivían en el tercer piso de una casa pequeña ubicada en una vieja y gris calle de Londres, y Jack pasaba

casi todo el día en la solitaria salita, sentado junto al fuego. Esta noche se sentía más triste de lo usual, pues era Nochebuena, y su madre se había ido a la fiesta de un niño en una gran casa, y había dicho que allí seguramente habría un árbol de Navidad, con regalos para todos los niños y niñas, y a Jack le pareció muy duro que, teniendo esos otros niños tanto más que él, le robaran también a su propia madre.



Si ella estuviera en casa, se sentaría a su lado en la alfombra de la chimenea, con la cabeza de él sobre su regazo, y le contaría largos cuentos de gigantes y duendes. Generalmente, a él le gustaba que ella fuera a fiestas, pues, dondequiera que fuese, ella no se olvidaba de traerle algo para comer. No importaba cuán pequeño fuera, quizá una simple galleta o solo un dulce, pero siempre podía estar seguro de encontrar algo esperándolo en su almohada cuando despertara en la mañana; y, en efecto, a veces había encontrado un buen paquetito de dulces y galletas y frutas secas enviado de parte de la señora de la casa o de alguno de los niños, cuando su madre había preguntado si podía llevarle algo a su pequeño niño en casa.

Pero esta noche quería a su madre, y no le interesaba nada de lo que pudiera traerle en la mañana. Se quedó sentado, pensando en ella hasta que

sus ojos se llenaron de lágrimas, y soltó un sollozo.

—Es una lástima —dijo—, una lástima de verdad. Me parece horrible.

Y tomó el atizador y removió el fuego.

—Por el amor de Dios, no hagas eso de nuevo —dijo una vocecita entre las llamas—, es como para morirse.

Jack dejó de llorar y miró dentro del fuego. Allí vio una pequeña figura, la más extraña que había visto, que se balanceaba hábilmente sobre un trozo de carbón encendido. Parecía un hombre minúsculo, de no más de tres pulgadas de altura, vestido de color rojo naranjado, el color de las llamas, y con un sombrero puntudo del mismo color en su cabeza.

—¿Quién eres tú? —preguntó Jack, sin aliento.

—¿Acaso no sabes que es de mala educación hacer preguntas? —dijo el hombrecito, guiñando

un ojo—. Sin embargo, si en verdad quieres saberlo, soy un duende del fuego.

—¡Un duende del fuego! —repitió Jack sin dejar de mirarlo, boquiabierto.

—Sí, ¿tan raro es?

—Pero yo no creo en los duendes —dijo Jack, incapaz de quitarle los ojos de encima a la diminuta figura.

El hombrecito rio.

—Eso no hace ninguna diferencia para mí —dijo—. Puede que no creas en duendes del viento ni en duendes del agua tampoco. Pero no tendrías fuego de no ser por nosotros; nosotros lo encendemos y no dejamos que se apague. Si yo me fuera ahora, tu fuego se apagaría en un instante, y podrías soplar y soplar cuanto quisieras; no serviría de nada, a no ser que uno de nosotros regresara y pusiera su luz en el carbón.

—Pero ¿cómo es que no te quemas? —preguntó Jack.

—¡Quemarme! —dijo el hombrecito, con desdén—, vaya, respiramos fuego y vivimos en él; nos apagaríamos de inmediato si no estuviéramos rodeados de él.

—¡Se apagarían! Qué quieres decir con que se apagarían, ¿quieres decir que morirían?

—No sé nada sobre morir —dijo el hombrecito—, pero por supuesto, si no se tiene cuidado, se corre el riesgo de apagarse. Pero no hablemos de asuntos desagradables.

—Pero, ¿quieres decir que ustedes viven para siempre? —preguntó Jack.

—Con los cuidados adecuados, no hay razón para apagarse después de cumplir los trescientos años —dijo el hombrecito, acomodándose en una esquina de carbón encendido—. Antes de

esa edad somos muy delicados, y el viento más suave es peligroso.

—Pero, ¿dónde viven, de dónde vienen? —preguntó Jack.

—Vivimos justo en el centro de la tierra, donde siempre hay un buen y cómodo fuego; pero cuando ustedes encienden fuego aquí arriba, tenemos que subir y atenderlos.

—Entonces, ¿llegan también a las lámparas y a las velas? —dijo Jack—, pues también son fuego.

—Les dejamos eso a los más jóvenes —dijo el hombrecito, con un bostezo—. Yo nunca subo por menos de un fuego de carbón.

Jack guardó silencio por un momento, y luego dijo:

—Me sorprende que no te haya visto nunca antes.

—Siempre he estado ahí, así que ha sido por tu propia tontería —dijo el duende.

—Quisiera poder meterme dentro del fuego contigo —dijo Jack—, me encantaría saber cómo se siente.

—No podrías venir sin la vestimenta apropiada —dijo el diminuto hombre—, y aún así, me temo que te parecería demasiado caliente.

—No me molestaría —dijo Jack—. ¿Y en tu casa, donde vives, todo es rojo y brillante, como el centro de un fuego?

—Es mucho mejor. ¡Ah, vale la pena verlo! —dijo el duende, lanzando uno de sus brazos sobre un carbón encendido y balanceándose habilidosamente sobre una llama—. En el palacio donde vive nuestro rey hay llamas, llamas, nada más que llamas rodeándolo, y las ventanas de la princesa miran hacia colinas llameantes. ¡Ay, qué lástima que las personas vivan tan descontentas! Si hay alguien que debería ser feliz, es la princesa Pyra.

—¿No es feliz? —preguntó Jack.

—No seas tan preguntón. Podría serlo, si quisiera.

—¿Entonces por qué no lo es?

—Todo surgió luego de que la enviaran al colegio —dijo el hombrecito, poniéndose serio—. Si nunca se hubiera ido del palacio de su padre, nunca lo habría visto. Debes saber que nuestro rey y nuestra reina tienen solo una hija, la princesa Pyra, y, por supuesto, están muy orgullosos de ella, y deseaban que se casara bien. Un rey del fuego cuyo país es cercano al nuestro pidió su mano; pero como ella era tan joven y querían que recibiera una buena educación, la enviaron a un colegio en una montaña llameante por un año, pensando que eso le daría una oportunidad para conocer más mundo que si se quedara siempre en casa. Pero, por lo visto, resultó ser un gran error, pues un día el hijo del rey del agua,

el príncipe Fluvius, se acercó y miró desde la cima de la montaña, y vio a nuestra princesa; y se enamoraron, y la princesa no ha sido feliz desde entonces.

—¿Por qué no pueden casarse? —preguntó Jack.

El hombrecito rompió a reír estruendosamente.

—Vaya, pues debes saber que es imposible. En primer lugar, no pueden acercarse sin que él se seque o ella se apague. Además de esto, nuestro rey no permitiría una cosa semejante, pues el rey del agua es su enemigo acérrimo. Cada noche, desde la primera vez que lo vio, la princesa solía subir a la cima de la montaña, y el príncipe venía y se sentaba algo apartado, y conversaban. ¡Ay! El rey no sospechaba la que se cocinaba. Pero cuando la descubrió una noche, cuando vino a verla, sentada hablando con el príncipe Fluvius, montó en cólera. Se la llevó a casa en el acto, y quiso casarla

con el príncipe del fuego sin pensarlo dos veces. Pero ella se encogió tanto que los doctores temieron que se apagara si se emocionaba en exceso. Es una gran lástima que sea tan ingenua.

—¿Es bonita? —preguntó Jack.

—¿Bonita? La palabra bonita no le hace justicia. Es preciosa, ¡hermosísima! Es, por mucho, la mujer más hermosa de Fuegolandia, y es maravillosamente inteligente también.

—Hombrecito —dijo Jack con tono persuasivo—, llévame contigo y muéstrame tu casa. No se lo contaré a nadie, y aquí todo es tan aburrido. Por favor, déjame ir contigo.

—No veo cómo puede ocurrir —respondió el hombrecito—. Además, te asustarías.

—No, no lo haría, te lo aseguro —dijo Jack—. Solo ponme a prueba y verás.

—Espera un minuto entonces —y la pequeña figura roja desapareció entre la parte más brillante

del fuego. En unos segundos apareció nuevamente, trayendo un pequeño gorro rojo, un traje rojo y unas botas.

—Ponte esto —dijo, arrojándolas sobre las piernas de Jack.

—¿Cómo voy a ponérmelo? Si no es más grande que mi brazo.

Pero apenas tocó las prendas se encontró disminuyendo de tamaño, hasta que fue tan pequeño que parecieron quedarle justo a su medida, y se las puso con facilidad.

—Ahora toma esto —dijo el hombre rojo, y le lanzó una máscara de cristal brillante y delgado. Jack se cubrió la cara con ella. Se ajustaba a la perfección, sin dejar aberturas.

—Ahora —dijo el hombre de fuego—, sube al brasero y mira qué te parece.

Jack trepó por el parachispas y, ayudándose con las herramientas de la chimenea, subió a la primera

barra del brasero. El hombre rojo se inclinó y le tendió la mano para ayudarlo. ¡Qué mano tan caliente! Quemaba como el fuego vivo. Jack deseaba soltarla, pero temía parecer maleducado, así que se mordió los labios para evitar gritar, y trepó por el brasero directo hacia el centro del fuego.

Al mirar a su alrededor, pensó que estaba en un nuevo mundo. Estaba en el medio de colinas que

brillaban con un intenso color rojo, de las cuales brotaban llamaradas como árboles. Por ahí había alguna que otra montaña negra, que humeaba y siseaba de manera alarmante. Pero, ¡qué calor hacía! Al principio, Jack sintió que iba a desmayarse, y no podía respirar.

—Bueno —dijo el hombre rojo, que a Jack ya le parecía de tamaño real—, ¿cómo te sientes ahora?

—Hace calor —murmuró el pobre Jack.

—Si no puedes aguantar esto, no podrás soportar Fuegolandia. Es mejor que no sigamos adelante —dijo el duende.

—Estoy bien —dijo Jack, haciendo un esfuerzo—. Me atrevo a decir que pronto me habré acostumbrado. ¿Cómo se llega a Fuegolandia?

—Te mostraré —dijo el hombre, sacando un palito de su bolsillo. Lo tomó con las dos manos y escarbó con él bajo sus pies hasta hacer un

agujero de buen tamaño. Luego sacó de su bolsillo unas bolitas como canicas y las dejó caer una a una dentro del agujero, el cual comenzó a crecer gradualmente hasta convertirse en un inmenso abismo negro en el carbón frente a él.

—Ahora ven conmigo —dijo el hombre rojo, sentado en el borde con los pies colgando—. Súbete sobre mis hombros, pon tus piernas alrededor de mi cuello y dame tus manos, y te llevaré sano y salvo. Solo no grites, o te dejaré caer.

Jack hizo lo que le dijo, y se sentó firmemente en los hombros de su acompañante, sosteniéndose de su cuello. No pudo evitar asustarse cuando, sin aviso, su guía saltó dentro del agujero, y comenzó a volar por la oscuridad tan rápido que se sintió mareado. Entonces bajaron, bajaron y bajaron. Estaba oscuro como boca de lobo, y el pobre Jack se sentía muy indispuesto por el movimiento

rápido. Habría gritado para que se detuviera, pero temía que el hombre rojo cumpliera su amenaza de dejarlo caer.

Por fin, bien abajo, vio una tenue luz roja que se hacía más grande y más brillante a cada momento.

—Ahí está Fuegolandia —dijo su guía, deteniéndose un minuto—, y estaremos allí en unos segundos.

Y avanzaron más rápido que antes hacia la luz, que se había vuelto tan brillante que Jack apenas podía aguantar mirarla.

—¡Hemos llegado! —dijo el hombrecito, mientras pasaban de la oscuridad a la luz a través de una especie de arcada. Entonces sacudió los hombros para que Jack se deslizara hacia el suelo, y se sentó a descansar a su lado. Cuando se recuperó un poco del mareo y del miedo, Jack se levantó y miró a su alrededor. Era tan extraño como le había

parecido el fuego. Había grandes colinas, de cada tono de rojo y naranja, algunas pálidas, otras de color vivo, y en las laderas había lagos de fuego. El cielo era una masa de llamas, y muchas de las colinas humeaban.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó el duende del fuego.

—Es ciertamente muy extraño —dijo Jack, temeroso de decir lo que en realidad pensaba, para no pasar por grosero—. Pero, ¿dónde viven? No veo ninguna casa.

—Las ciudades están más allá. Si quieres verlas, debes subirte a mis hombros de nuevo —dijo el amigo de Jack, subiéndolo otra vez a su espalda mientras hablaba.

Avanzaron nuevamente, pasando sobre el suelo tan rápidamente que Jack no podía ver ni la mitad del extraño país que atravesaban.

Por fin apareció a la vista una gran ciudad, con altas agujas y puentes, y un poco apartado de ella se veía un palacio hecho de hierro al rojo vivo, y reluciente de piedras preciosas.

—Ese es el palacio del rey —dijo el hombre de fuego—, y como es lo que más vale la pena ver de todo el lugar, será mejor que vayamos allí primero.

—¿Podré ver a la princesa? —preguntó Jack, con entusiasmo.

—Seguramente estará en el jardín, y entonces podrás verla todo lo que quieras.

Se detuvieron frente a las puertas del jardín, y el duende del fuego, empujándola para abrirla, le dijo a Jack que podía entrar, pero que no debía hacer ruido. Se trataba del palacio y del jardín más extraños. Ahora Jack veía que lo que había tomado por piedras preciosas no era más que fuego de diferentes colores que brotaba por todo

el palacio. Había fuego azul, y fuego rojo, y fuego verde, y fuego amarillo brillando como joyas sobre las paredes del palacio.

Al inicio, Jack pensó que el jardín estaba lleno de hermosas flores, pero cuando se acercó a ellas vio que solo eran fuegos artificiales en forma de flores. Había girándulas de todo tipo, que daban vueltas tan rápido como era posible, despidiendo chispas; y de vez en cuando un cohete salía disparado al aire y caía en forma de estrellas.

Jack corría de una cosa a la otra, examinándolas con deleite, cuando su compañero, agarrándolo del brazo, lo apartó a un lado, diciendo:

—¡La princesa! —y señaló en dirección a un grupo de mujeres que venían despacio por el sendero. En medio de ellas caminaba la princesa. Jack pensó que era la mujer más hermosa que había visto.

Su largo, brillante y dorado cabello caía casi hasta sus pies. Su rostro era muy pálido, y caminaba muy lentamente, con los ojos clavados en el suelo y una expresión muy triste.

Usaba un resplandeciente vestido del color de las llamas, con una larga cola, una girándula de color azul claro y plateado prendida en su pecho, y otra en su cabello.

Estaba rodeada de mujeres hermosamente vestidas, pero ninguna tan bonita como ella; Jack solo deseaba que no se viera tan triste. Las mujeres hablaban todas entre sí, pero la princesa no decía palabra.

—Su alteza real no debería caminar demasiado rápido —dijo una.

—¿No prefiere su alteza real sentarse? —dijo otra.

—¿No desea su alteza real regresar al palacio? —dijo una tercera. Pero la princesa solo negó

con la cabeza en silencio, y continuó caminando como antes.

Entonces Jack, al verla tan hermosa y tan desdichada, no pudo contenerse más y estalló:

—¡Oh, pobre princesa! ¡Cuánto lo siento por ti!

Al escuchar esto, la princesa levantó su mirada por primera vez. Sus ojos eran tan brillantes que centelleaban como estrellas, y Jack no pudo soportar mirarlos, y tuvo que desviar los suyos.

—¿Quién habló? —dijo la princesa, en voz baja y triste—. ¿Quién de ustedes habló?

Las mujeres no dijeron nada, sino que se miraron sorprendidas.

—Alguien dijo que lo sentía por mí, y estoy segura de que no les importará que yo sepa quién de ustedes fue —continuó la princesa, comenzando a llorar, solo que, en lugar de lágrimas, salían chispas de sus ojos.

Entonces todas las mujeres se amontonaron a su alrededor y trataron de consolarla.

—Sabe —dijo una— que los doctores dijeron que, pasara lo que pasara, su alteza real no debía emocionarse, o las consecuencias podrían ser fatales.

—Por favor no pierda la calma, su alteza real —dijo otra—. En verdad va a ponerse enferma si sigue así.

—Pero, ¿quién habló? —preguntó la princesa de nuevo—. Me parece muy poco amable de su parte no decírmelo. Es la primera vez que escucho una voz amable desde que dejé el colegio.

Ante esto, Jack no pudo mantener su silencio, y a pesar del hombre de fuego rojo, quien hizo su mejor esfuerzo para contenerlo, se puso frente a la princesa y dijo:

—Perdone, su alteza real, fui yo.

—¿Tú? ¿Y quién eres tú? —preguntó la princesa amablemente.

—Soy un niño, y mi nombre es Jack.

—¿Cómo llegaste aquí?

—Vine con él —dijo Jack, señalando al hombre rojo de fuego—. Y no debe enojarse con él, pues yo lo hice traerme.

—No estoy enojada en lo absoluto, ni con él ni contigo —dijo la princesa, muy cortésmente—. Pero quiero saber por qué dijiste que sentías lástima por mí.

—Porque se ve tan desdichada, y creo que es muy triste que esté separada de su príncipe —dijo Jack.

En ese momento todas las mujeres se apiñaron a su alrededor e intentaron que dejara de hablar, pero la princesa dijo:

—¡Silencio! No me hace ningún daño escucharlo, y no permitiré que lo detengan de esta manera. Gracias, pequeño niño, por lo que me has dicho. Y tú —añadió, dirigiéndose al primer

amigo de Jack—, no estoy enojada contigo en lo más mínimo, y deseo particularmente que nadie le mencione esto a mi padre...

Pero justo cuando dejó de hablar, una nube de humo se vio rodar sobre las colinas, y las mujeres gritaron:

—¡El rey, el rey!

—¡Váyanse, váyanse! —le gritó la princesa a Jack, y el hombre de fuego, sin más, lo tomó y tras ponerlo sobre sus hombros, voló por el aire a gran velocidad, y estuvo lejos del palacio antes de que Jack pudiera tomar aire para hablar.

—¡Qué buen lío en el que casi me metes! —gruñó el hombrecito—. Esta es la última vez que te llevo a cualquier parte conmigo, puedes estar seguro. ¿Qué me habría pasado si el rey hubiera aparecido y te hubiera oído hablarle a la princesa justamente del asunto que nos ha prohibido a todos mencionar?

Jack no se atrevió a decir palabra, ya que su compañero estaba muy enojado, y continuaron volando por el aire a un ritmo aterrador. Por fin alcanzaron el largo y oscuro túnel y subieron por él, y cuando salieron nuevamente hacia la luz, el hombrecito bajó a Jack de sus hombros y lo lanzó con todas sus fuerzas, y él no recordó nada más hasta que se encontró acostado en la alfombra en su propia sala. Podría haber sido todo un sueño, excepto porque él estaba bien seguro de que no había sido así.

El fuego se había apagado y la única luz en la habitación provenía de los faroles de la calle. Jack se levantó de un salto y buscó por todas partes alguna señal del hombrecito, pero no pudo encontrar ninguna. Corrió a la chimenea y lo llamó, pero no hubo respuesta, así que terminó por irse temblando de frío a la cama, a soñar con la

princesa y el extraño y brillante país subterráneo, del cual nadie sabe nada.

En la mañana lo despertó su madre poniendo un paquetito en su mano mientras le daba un beso. Jack estuvo muy complacido cuando lo abrió y encontró algunas galletas y tortas dulces, y un soldadito de madera que había estado colgado en un árbol de Navidad. Se entretuvo toda la mañana jugando con él, pero no podía olvidar a la gente de fuego y a la hermosa y pálida princesa. No se atrevió a contárselo a su madre, por miedo a que el hombre de fuego se enfadara y no volviera a mostrarse. La siguiente noche estuvo solo de nuevo, y se sentó a mirar ansiosamente el brasero, pero nada pudo ver de la gente del fuego. Entonces corrió a la ventana y miró hacia afuera, buscando

al príncipe del agua o a un pequeño duende del viento, pero no pudo ver a ninguno, aunque llovía con fuerza, y el viento soplaba ruidosamente. Así pasó noche tras noche, su madre salía y él se quedaba solo, y aun así no veía rastro de él, y comenzó a temer que no tendría más noticias de la gente del fuego.

Llegó la víspera de Año Nuevo, y la madre de Jack tuvo que salir y dejarlo solo para saludar el año nuevo. Era una noche horrible. Llovía a cántaros y el viento soplaba grandes ráfagas de melancolía. Jack estaba sentado junto a la ventana y miraba hacia fuera, a la calle mojada y a las nubes que pasaban. Había desistido de buscar a su pequeño amigo rojo dentro del fuego, y esta noche estaba ocupado pensando en el nuevo año que empezaría mañana.

"Cuando el año siguiente termine —se decía—, tendré ocho años. Mamá dice que soy muy

pequeño para mi edad. Me pregunto si seré más grande para entonces".

—Pequeño Jack —cantó una voz baja desde el hogar.

Jack se levantó de un salto y corrió hacia la chimenea. El fuego estaba a punto de apagarse. Había solo un tenue brillo rojo en los carbones, pero arrodillada allí, apoyada en el brasero, estaba la princesa del fuego. Estaba más pálida que antes, y se veía bastante transparente. Jack podía ver claramente los carbones a través de ella.

—Enciende un poco más de carbón —dijo ella, temblando—. No hay suficiente aquí para que yo queme, y si no mantengo una buena llama puedo extinguirme del todo.

Jack hizo lo que le pedía, y luego se sentó sobre la alfombra, mirando a la princesa con toda su atención. Su cabello largo y brillante caía sobre

las barras del brasero, y aunque su rostro se veía muy pequeño y pálido, sus ojos eran inmensos y resplandecían como diamantes.

—¡Qué hermosa eres! —dijo por fin.

—¿Lo soy? —dijo la princesa, con un suspiro—. Eso dijo mi príncipe. Tuve las mayores dificultades para conseguir venir aquí esta noche, pero estaba decidida a venir. Desde que te vi, he pensado tanto en ti.

—¿De verdad? —dijo Jack, aún mirando.

—Sí, sentías tanta simpatía por mí, y todo mi pueblo es tan desconsiderado. Ahora quiero que me hagas un favor.

—¿Qué cosa? —preguntó Jack.

—Dejar que el príncipe venga aquí para hablar conmigo.

—¿Cómo lo traeré? —dijo Jack.

—Te enseñaré. ¿Llueve esta noche?

—Sí, mucho.

—Eso es muy afortunado, algunos de sus súbditos deben estar por ahí. Entonces, todo lo que tienes que hacer es abrir la ventana y esperar.

—Pero la lluvia entrará en la sala —dijo Jack.

—No, no lo hará, y si lo hace no te hará ningún daño. El agua no te puede apagar. Sé un buen chico, y haz lo que te digo.

Así que Jack abrió una de las ventanas. Una gran ráfaga de viento sopló dentro, y arrojó la lluvia fría a su rostro. El fuego alrededor de la Princesa se expandió con una llamarada y luego se encogió, pero ella no se movió, sino que llamó a Jack para que se interpusiera entre ella y la ventana, y así mantuviera a raya la inundación. Él hizo lo que le decía, y entonces ella comenzó a cantar.

Al principio cantó en una voz baja, y luego su canción se fue haciendo más fuerte y más clara. Por fin se detuvo y dijo:

—Ahora, pequeño Jack, mira el alféizar de la ventana y dime qué ves.

Jack corrió hacia la ventana, y justo allí, sentado en el alféizar, en un pequeño charquito de agua, estaba un hombre diminuto vestido de un verde apagado. Tenía un cabello largo y ondulado, que parecía pesado y húmedo, y sus ropas brillaban por el agua. Observó a Jack airadamente por unos minutos, y luego dijo:

—¿Quién eres y qué deseas?

—Dile —susurró la princesa— que debe traer al príncipe Fluvius aquí.

Y Jack le repitió sus palabras al duende del agua.

—¿Y quién eres tú, que te atreves a pedirme que traiga al príncipe? —dijo él—. ¿Crees que nuestro príncipe puede ser traído aquí y allá solo porque los mortales lo desean?

Pero, al escuchar esto, la princesa comenzó a cantar de nuevo con la misma suavidad, pero

creciendo cada vez más, hasta que el duende del agua saltó, prometiendo traer al príncipe Fluvius, o hacer cualquier otra cosa que Jack deseara, si tan solo la canción se detenía, pues no podía soportar el calor, ya que era un hechizo lo que cantaba la princesa, y si continuara él se secaría por completo.

Entonces la princesa se recostó contra los carbones en silencio. El duende del agua desapareció al instante, y Jack se quedó junto a la ventana, mirando qué pasaría, con el mayor de los intereses.

La lluvia caía en torrentes, y de repente la habitación comenzó a ponerse muy oscura. Cuando la princesa vio esto, levantó la cabeza.

—Ya viene —dijo, e inmediatamente salió de ella, en todas las direcciones, una brillante luz dorada, en medio de la cual se veía incluso más bella que antes. Entonces llegó flotando hacia la ventana una nube blanca, que se posó sobre el

alféizar. La nube se abrió y de ella salió la figura de un hombre joven, ricamente vestido de plata y verde. Era del tamaño de la princesa, y después de ella a Jack le pareció la criatura más hermosa que había visto. Tenía rizos largos y oscuros, y un rostro pálido y dulce, con ojos de un azul profundo, como el color del mar.

Al ver a la princesa Pyra dio un salto, y habría corrido directo al brasero si ella no le hubiera suplicado por el bien de ambos que no cruzara la ventana.

—Eres tú, mi amada —dijo él, inclinándose hacia dentro—. Y yo creía que no volvería a verte. ¡Oh, déjame tomarte en mis brazos, aunque sea una vez!

—No pienses siquiera una cosa así —dijo la princesa—. Sería fatal para los dos.

—De todos modos, moriríamos juntos —dijo el príncipe Fluvius.

—¡Pero mejor sería vivir juntos! —dijo la princesa.

—Si eso fuera posible —dijo el príncipe, suspirando.

—Y lo es —dijo la princesa—. Desde la última vez que te vi me he enterado de que hay solo una

persona en el mundo que puede ayudarnos, y es el viejo que vive en el Polo Norte. Él lo sabe todo, y si tan solo pudiéramos mandar a pedir su consejo, nos diría qué hacer.

—Pero, ¿cómo podemos dar con él? —dijo el príncipe—. Si tú fueras, el mar seguramente te extinguiría en el camino, y yo me congelaría de inmediato si llegara al pueblo de hielo, y no podría regresar a ti. Y en cuanto a los duendes del viento, que siempre están allí, son seres tan pequeños y tontos que no pueden recordar un mensaje.

—Pequeño Jack —lloró la princesa, dirigiéndose a él—, ¿tú irías por nosotros, no es verdad?

—¿Yo? —replicó Jack, asustado—. ¿Cómo podría ir yo?

—Nada más sencillo. Uno de los duendes del viento te llevará y te traerá de vuelta, tal como el príncipe le indique. Tú irás esta misma noche.

Querido Jack, harás esto por nosotros, ¿verdad que sí? Y estaremos tan agradecidos.

Jack no sabía qué decir, pero miró primero al príncipe, quien, sentado en el alféizar de la ventana con la lluvia cayendo a su alrededor, lo miraba anhelante con sus ojos hermosos y tristes; y luego miró a la princesa, arrodillada en los carbones brillantes, quien le rogaba con las manos agarradas que les ayudara, mientras las chispas caían de sus ojos. Y ambos eran tan hermosos que no podía resistirse a ellos, y guardó silencio.

La princesa reparó de inmediato en su vacilación y dijo, sonriendo:

—Entonces está decidido, irás por nosotros. Y ahora, querido Jack, escucha con mucho cuidado todas las indicaciones que te vamos a dar, y asegúrate de hacer todo lo que te digamos. El viejo del Polo Norte es muy malicioso y astuto, y siempre

hace lo posible por engañar a cualquiera que venga a pedir su ayuda. Hay una cosa a la cual debes estar muy atento. No debes, sin importar lo que suceda, hacerle más que una pregunta. La primera pregunta que se le haga la responderá con la verdad, pero si le haces más de una, te capturará al instante y te encerrará en el hielo. Hará lo que pueda para tentarte a que preguntes más de una cosa, pero no debes hacerle caso. Y asegúrate de recordar exactamente lo que diga sobre mí.

—¿Qué debo decir entonces? —preguntó Jack.

—Di: "Vengo de parte de la princesa del fuego, Pyra, ella está enamorada del príncipe Fluvius, el príncipe del agua, y quiere saber cómo pueden hacer para casarse"; y luego cierras la boca y no hablas más, sin importar lo que él diga. Cuando llegues al país del hielo, tendrás mucho frío, así que te daré una bola de fuego para que te mantenga

caliente. Y asegúrate de no detenerte a hablarle a la gente del fuego, pues si lo haces quedarás congelado y morirás.

—¿Cómo iré? —preguntó Jack.

—Ve a la ventana, y allí verás al duende del viento que te llevará.

Jack hizo lo que se le indicaba, y vio junto al príncipe Fluvius un pequeño hombre vestido con ropas de color claro, que le quedaban holgadas y apenas parecían tocarlo.

Su rostro parecía alegre, pero apenas había expresión alguna en ella, y siempre que se movía producía una violenta ráfaga de viento.

—¿Estás listo? —preguntó el príncipe, amablemente.

—Sí —dijo Jack, sintiéndose muy asustado.

—No debes tener miedo, pequeño Jack —dijo el príncipe Fluvius—; no tienes que hacer nada

más que sentarte sobre sus hombros, y él te llevará sano y salvo.

Diciendo esto, tocó su cabeza, y Jack comenzó a sentir que se encogía hasta alcanzar el tamaño del príncipe y la princesa.

—Ven, pues —dijo el duende del viento, con una voz extraña y con mucho aire. Jack se sentó sobre sus hombros como había hecho antes con el duende del fuego, y se dispusieron a salir.

—Adiós, pequeño Jack —dijo la princesa desde el fuego—. Cuando llegue tu turno, descubrirás que no nos hemos olvidado de ayudarte.

—Adiós, pequeño Jack —repitió el príncipe—. No olvides todo lo que te hemos dicho, y asegúrate de no hacerle una segunda pregunta al viejo.

—Adiós —respondió Jack, y salieron. La lluvia golpeaba el rostro de Jack, y se sintió mareado por el ritmo al que volaban, pero guardó silencio,

y se agarró con fuerza al cuello del duende del viento.

Siguieron en silencio, pasando sobre los techos de las casas, por entre las chimeneas, de un modo que a Jack le pareció aterrador. Entonces llegaron al campo, y volaron sobre los sembrados y las vías. Por fin el cielo se despejó de nubes y la luna salió, y Jack pudo ver a dónde iban. Se estaba acostumbrando a esta posición, y sintió menos miedo de mirar a su alrededor. Volaban sobre bosques y ríos, y pasaban aldeas, las cuales se veían en la distancia tan pequeñas como si estuvieran hechas de casas e iglesias de juguetes. Por fin avistaron el mar, y Jack ya no pudo quedarse callado, así que dijo:

—¡Espero que no vayamos hacia allá!

—En efecto, allá vamos —dijo, o más bien sopló su acompañante, pues sus palabras salían como una ráfaga de viento—. Pensaba que no ibas a

hablar nunca, y no quise hablar primero. ¿Cómo te sientes? Espero que estés cómodo.

—Me siento bastante bien —respondió Jack—. Pero tengo miedo de que, si cruzamos el mar, yo me caiga dentro.

—No, eso no pasará —dijo el otro—. Te mantendré bien sujeto. ¡Oh! Es espléndido cuando se llega al centro del mar. Ahí vale la pena soplar.

—¿No hará demasiado frío? —preguntó Jack.

—Nada de eso —dijo su compañero, despreocupadamente—. Cuando lleguemos al hielo y a la nieve puedes tener un poco de frío, pero tengo la bola de fuego que me dio la princesa para soplar frente a nosotros, y eso te mantendrá caliente. Me pregunto qué es lo que le quieres preguntar al viejo. ¿No me lo dirás?

—Creo que es mejor que no lo haga —dijo Jack—. Supongo que es un viejo muy sabio.

—¡Sabio! Él lo sabe todo, y lo que sea que le pidas es seguro que te lo dará, siempre y cuando sea la primera pregunta. Ahora estamos sobre el agua.

Entonces comenzaron a cruzar el mar. Jack, quien había superado ya su miedo, disfrutó el viaje. El mar bailaba y destellaba debajo de ellos. La luna plateaba la cima de cada pequeña ola. Por doquier se veían pequeños barcos navegando enérgicamente con la brisa. Pronto perdieron de vista la tierra por completo, y para ese momento a Jack le parecía algo glorioso.

No había nada más que el mar brillante a su alrededor. Rio con gran placer, y habría estado muy feliz de no ser por un pensamiento —un pequeño y travieso pensamiento— que regresaba a su mente y crecía sin que él lo pudiera evitar. Llevó sus manos a su cabeza para mantenerlo fuera, pero allí seguía de todos modos. Era esto: ¿por qué no pedirle al

viejo algo para sí mismo, en lugar de hacerlo para la princesa? ¿Quién lo sabría? ¿Por qué no pedirle que lo volviera fuerte y sano? Qué contenta estaría su madre si regresara a casa esa noche y encontrara a su niño completamente sano. Qué fácil sería inventar algo a la princesa, pues nadie sabría la verdad. Él sabía que no estaba bien. Había hecho una promesa, y debía cumplirla, y pensó en el rostro pálido de la princesa y en la voz triste del príncipe. Y entonces pensó en su madre, y en su propia casa aburrida, y a duras penas logró contenerse para no llorar.

—¡Escucha! —dijo el duende del viento—. ¿No oyes a alguien cantar?

Jack escuchó, y oyó una voz triste y suave que cantaba una canción, y esta era más hermosa que cualquier cosa que hubiera oído antes.

—Es una sirena —dijo el duende del viento—, y le está cantando a un barco. Seguirá cantando

hasta que el barco siga el sonido. Entonces ella lo conducirá hacia un remolino que se lo tragará, y los pobres marineros no regresarán nunca con sus esposas y sus hijitos. Pero yo iré y soplaré para que el barco se desvíe, lo quiera o no, hasta que no lo alcance el sonido de su canción, y entonces seguirá como si nada. ¡Ah! Los hombres no piensan, cuando se encuentran con un vendaval, que puede ser por su propio bien, y que los estamos soplando lejos del peligro, no en dirección a él.

—¡Una sirena! —exclamó Jack—. Nunca he visto una. ¡Cómo quisiera verla!

—Después de ir por el barco, iremos a verla —dijo el duende del viento. Entonces voló hacia un lado, hasta que llegaron a un barco lleno de marineros que navegaban tranquilamente, y el duende del viento sopló con todas sus fuerzas. Sopló hasta que el mar se alzó en olas grandes y

pesadas. El barco se ladeó. El capitán gritó. Los marineros levantaron amarras, y todos temblaron de miedo. Pero, aunque no lo quisieran, debían cambiar la dirección del barco y seguir otro rumbo, y el duende del viento no dejó de soplar hasta que la nave estuvo bien alejada del sonido de la canción de la sirena.

—Ahora iremos a ver a la sirena —dijo, y regresaron volando al mismo lugar. Allí, debajo de ellos, descansando sobre las olas, Jack vio a una hermosa mujer. Tenía los ojos verdes y tristes, y cabello largo verde. Cuando miró desde más cerca, vio que tenía una cola larga y brillante en lugar de piernas, pero no le pareció menos hermosa. Aún cantaba con voz triste y somnolienta, y mientras la escuchaba tuvo ganas de saltar dentro del mar, a su lado. Y el deseo se hizo tan grande que se habría dejado caer en sus brazos sin pensarlo, si el duende del viento no

lo hubiera agarrado y se hubiera ido volando con él antes de que tuviera tiempo de hacerlo.

¡Qué alegre estaba el duende del viento por el barco!

—Estoy tan contento de haber ido —dijo—. Unos minutos más tarde y la sirena lo habría conseguido, y yo no habría podido hacer nada.

Y rio de placer.

Entonces, cuando Jack pensó en el pobre barco, y lo cerca que había estado de perecer, y vio lo feliz que estaba el buen duende del viento por haberlo salvado, todos los malos pensamientos se alejaron de su mente.

"Seguramente —dijo para sí—, si este pobre duende del viento puede ser tan feliz cuando ha hecho una buena acción, yo debería estar contento de poder ayudar a otros y no pensar en mí mismo".

Y se hizo a la idea de que, sin importar lo que sucediera, no le fallaría a la princesa, sino que

haría exactamente lo que ella le había dicho.

Avanzaron. En un momento comenzó a hacer mucho frío. En el mar bajo ellos había grandes trozos de hielo que flotaban, y toda clase de monstruos marinos saltaban por doquier.

—Será mejor que nos detengamos aquí, y yo sacaré la bola de fuego de la princesa —dijo el duende, y puso a Jack sobre un gran trozo de hielo. Sobre él había una familia de focas, que parecieron muy asustadas cuando fue dejado entre ellas.

—¿Es que no sabes —dijo la foca más vieja, dirigiéndose a él de manera cortante— que es excesivamente grosero venir al bloque de hielo de alguien sin pedirle permiso?

—Lo siento mucho, de verdad —murmuró Jack.

—Déjalo en paz —le dijo otra foca más joven—; se ve bastante bien. ¿Quieres que te traiga un pescadito? Me atrevo a decir que estás muy hambriento, y puedo pescarlo en un momento si quieres.

Jack no tuvo tiempo de rechazar la oferta, pues una foca mayor se dirigió a él y le dijo:

—Tengo la necesidad de un sirviente, si eso es a lo que has venido, y como pareces una persona aseada, no me molestaría probarte; solamente soy muy meticuloso con el brillo de mi hielo, y con la limpieza del agua que lo rodea.

Todas se estaban reuniendo a su alrededor cuando llegó el duende del viento, y con un soplido las envió de vuelta al agua.

—Mira —dijo, levantando de nuevo a Jack—, envié la bola frente a nosotros y ella te mantendrá bien caliente.

Jack miró frente a sí y vio una gran bola de luz que el duende del viento soplaba mientras volaba, y que irradiaba una suave calidez.

—¿Cómo conseguiste traerla? —le preguntó al duende.

—Era una cosita bastante pequeña cuando la princesa me la dio —respondió—, no más grande que una chispa de luz, y yo la inflé hasta su tamaño actual. Dudo que se mantenga encendida hasta después de que alcancemos el Polo Norte, pero te mantendrá caliente hasta entonces, y yo puedo traerte de vuelta muy rápido. Ahora estamos llegando al mundo de hielo.

Mirando a su alrededor, Jack vio que los bloques de hielo se iban haciendo más grandes a medida que avanzaban, y los espacios de agua, cada vez más pequeños, hasta que desaparecieron completamente, y no se veía nada más que una enorme planicie de hielo sólido. La luna brillaba sobre él, y moviéndose sin ruido por la superficie había numerosas formas de hombres y mujeres casi transparentes, con mortecinos rostros blancos y fríos ojos que resplandecían. Nunca hablaban,

solo se movían ágil y silenciosamente. Huían a la vista de la bola de fuego, pero cuando veían a Jack, algunos se detenían y le hacían señales para que se detuviera también.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó.

—Son gente del hielo —dijo su guía—, viven en el hielo, y nunca hablan, solo se deslizan por ahí como los ves ahora.

—¿Por qué no podemos parar a verlos? —dijo Jack.

Su compañero no dijo nada, sino que señaló el punto donde se encontraban algunas figuras oscuras que yacían inmóviles entre el hielo transparente.

—¿Ves? —dijo—. Esos son los cuerpos de hombres y mujeres que la gente del hielo ha capturado y congelado hasta la muerte. Si una infortunada nave naufraga entre los bloques de hielo, la gente del hielo se reúne de inmediato

alrededor de ella y se lleva a los pasajeros hasta aquí, y los congela. Son tan malignos y crueles como las sirenas. Si yo te dejara, aunque fuera por un segundo, te congelarías y nadie podría salvarte. Ahora estamos acercándonos al Polo Norte. Mira allí.

Jack miró a lo lejos sobre el hielo y vio una luz rosa que se elevaba hacia el cielo en haces. Parecía venir de un curioso bulto oscuro con forma de champiñón que se levantaba en el aire.

—Ese es el Polo Norte —dijo su amigo—, y la luz viene de la linterna del viejo.

—¿Vive ahí totalmente solo? —preguntó Jack.

—Totalmente solo, y discute con todos. Solía ser buen amigo del viejo del Polo Sur, y viajaban arriba y abajo para encontrarse en cada polo. Pero un día discutieron, y ahora no se hablan.

—¿Por qué discutieron? —inquirió Jack.

—¿Cómo voy a saber? —dijo el duende del viento, airadamente—. Realmente no puede esperarse que uno recuerde todas esas pequeñas cosas —pues los duendes del viento no soportan que se les recuerde su falta de memoria.

—Ahora dile rápido lo que tengas que decirle, y acaba con eso, y yo te llevaré de vuelta.

Diciendo esto, lo soltó en el hielo y se sentó un poco apartado.

miró a su alrededor, y comenzó
ar que debía de estar soñando.
ıa escena tan extraña. En tor-
él estaba el hielo claro y frío,
ısto en frente estaba el bulto
n forma de hongo, hecho de al-
gún material brillante como
el marfil, y sentado justo
en medio de este estaba

sentado un hombrecito viejo. Rodeaba sus rodillas con sus brazos y abrazaba una enorme linterna marrón llena de agujeros, desde la cual se elevaban al aire los rayos brillantes de color rosa que Jack había visto antes. El viejo usaba una gran capa marrón, y una pequeña gorra en su cabeza, de la cual caía su cabello blanco, liso y largo.

Era un hombre bastante viejo y feo, no había duda de ello. Su rostro era casi plano, y tenía una gran nariz en forma de gancho. Parecía estar durmiendo, pues su cabeza colgaba de un lado, y sus ojos estaban bien cerrados. Jack no se atrevió a despertarlo, y se quedó mirándolo atentamente. Se habría quedado ahí para siempre; el viejo no se habría movido si el duende del viento no hubiera soplado una ráfaga tremenda, que hizo que la luz rosada parpadeara en la linterna, y que el hombre se levantara, abriera sus ojos y viera a Jack.

—¿Y quién eres tú? —preguntó, con una voz profunda y atronadora—. Vienes a hacer una pregunta, seguro. Nadie viene a verme nunca a menos que quieran pedir algo. Acércate y déjame verte.

Jack se aproximó al asiento del viejo, muy tembloroso. Intentó recordar lo que la princesa le había dicho que dijera, pero por alguna u otra razón había desaparecido de su cabeza, y no sabía cómo comenzar.

—Pero, ¿de qué se trata? —preguntó el viejo, riendo por lo bajo—. ¿Quieres que te diga cómo crecer alto y sano, o dónde conseguir una gran bolsa llena de dinero para llevarle a tu madre? ¿Qué quieres? Habla, no tengas miedo.

Los malos pensamientos regresaron a la mente de Jack. Miró hacia el lugar donde el duende del viento se había dormido sobre el hielo. Contempló la luz rosada que brillaba contra el cielo negro.

Pensó en su madre, luego en la pobre princesa del fuego, y haciendo un esfuerzo violento, y cerrando con fuerza los ojos para no ver el rostro sonriente del viejo, dijo:

—Vengo de parte de la princesa, la princesa Pyra, y ella quiere casarse con el hijo del rey del agua, el príncipe Fluvius, y tienen miedo de tocarse, pues él puede secarse, o ella apagarse. Así que, por favor, ellos quieren saber qué deben hacer.

Aquí Jack se detuvo y abrió sus ojos, y vio que el viejo se estremecía de la risa, tan fuerte que temía que pudiera caerse del polo. Continuó riendo tanto tiempo que Jack pensó que nunca se detendría. Y cuando se detuvo, pasó un tiempo antes de que pudiera recuperar el aliento para hablar, pues se quedaba jadeando y suspirando, y luego comenzaba a reírse de nuevo. Después de un tiempo, sin embargo, consiguió calmarse y dijo:

—¡Ay, la estupidez de la gente! Todo este tiempo han tenido miedo de hacer precisamente lo que tienen que hacer. Por supuesto que es imposible que se casen hasta que él se seque o ella se apague. ¿Qué apaga el fuego, sino el agua? ¿Y qué seca el agua, sino el fuego? La princesa Pyra se educó en un buen colegio. Yo me habría imaginado que sería más sabia. Será mejor que regreses con el príncipe Fluvius y le digas que le dé un beso —y el viejo hombre comenzó a reír otra vez.

Jack se quedó quieto, totalmente perplejo; pero no osó preguntar de nuevo. Entonces el viejo se dirigió a él y le dijo:

—¿Y qué deseas preguntar ahora? Que sea algo para ti esta vez, mi querido hombrecito. ¿Qué será? Te diré lo que sea que quieras saber.

Una docena de preguntas desfilaron por la mente de Jack en un segundo. ¡Cómo deseaba hacerlas!

Pero recordó la advertencia de la princesa y se mordió la lengua. Miró al duende del viento, que aún dormía, y se preguntó cómo podía despertarlo. El hielo estaba tan resbaloso que no se atrevía a caminar sobre él. Trataba de moverse lentamente, cuando el viejo lo agarró por la muñeca con su mano larga y huesuda, y lo retuvo.

—Vamos, ven —dijo, persuasivamente, mientras sus ojos brillaban con malicia—, no regresarás tras hacer una sola pregunta, después de haber venido tan lejos. Eso sería muy tonto. Pregunta algo más, mientras aún estás aquí.

El viejo apretaba a Jack tan fuerte que este comenzó a tener miedo, y le dio un sacudón violento que tumbó la linterna del viejo. Cayó con un enorme estruendo y despertó al duende del viento, que estuvo allí en un instante.

—Bueno —dijo—, ¿estás listo?

—Bastante —dijo Jack, con los dientes castañeteando de miedo, pues el viejo había montado en una cólera violenta, y alargaba sus huesudos brazos hacia él, pero el duende del viento sopló en su rostro hasta que tuvo que cerrar los ojos y apartar la cabeza. Entonces Jack se subió sobre sus hombros y se alejó volando con él sin más palabra.

—La bola de fuego se apagó —le dijo a Jack después de andar un buen trecho—, así que me temo que tendrás frío. Si sientes deseos de dormir, podrás hacerlo. Yo no te dejaré caer, e iré tan rápido que no verás nada de lo que sobrevolemos.

Jack, en efecto, sentía tanto frío como deseos de dormir, y con gusto se dispuso a tomar un pequeño sueño, aunque despertaba cada tanto para preguntar si estaban cerca de llegar a casa. Por fin, el duende dijo:

—Ya estamos sobre Londres, y estarás en casa en pocos minutos.

—Espero que mi madre no esté de vuelta aún —dijo Jack—. Se asustaría mucho si llega y no me encuentra.

—¡Llegar! —rio el duende—. Pero si aún no son las doce, y el Año Nuevo no ha llegado. Aquí está la calle donde vives.

Jack no podía creer que no hubieran estado fuera más de una hora. Parecía más bien que hubieran sido unas veinte.

Desde fuera de la ventana podía ver al príncipe arrodillado en el alféizar exactamente en la misma posición en la que lo había dejado, y se preguntó si la princesa aún estaría sentada en el fuego. Sí. Cuando el duende del viento lo dejó en medio de la sala, allí estaba ella, exactamente en el mismo lugar, con su cabello dorado cayendo sobre el brasero.

—Bueno —gimieron ella y el príncipe juntos—, ¿qué dijo, pequeño Jack? Dinos de una vez.

—Tengo tanto frío —dijo Jack—, casi me congelo.

La princesa provocó una llamarada en el carbón hasta que la habitación estuvo muy iluminada. Luego se dirigió a Jack otra vez.

—Ahora —dijo—, debes de estar más caliente. No nos tengas más en suspenso.

Jack vaciló un instante, luego miró a la princesa y repitió lo que el viejo había dicho.

—"¿Qué apaga el fuego, sino el agua? ¿Qué seca el agua, sino el fuego? ¡Dile que le dé un beso!".

Tanto el príncipe como la princesa guardaron silencio al escuchar esto. Entonces el príncipe dijo, con un suspiro:

—Es como sospechaba. Quiere decir que no hay esperanza para nosotros, y que debemos morir juntos. Por mi parte, estoy más que dispuesto,

pues cualquier cosa sería mejor que la vida sin ti, mi Pyra.

—No quiso decir tal cosa —lloró la princesa—. Y creo que ahora empiezo a comprenderlo. Ambos debemos cambiar antes de poder ser felices. Ven, pues, mi príncipe; no tengo miedo, y estoy dispuesta a correr el riesgo de apagarme por completo, si hay alguna posibilidad para nuestra unión.

Diciendo esto, la princesa se levantó, y bajó suavemente por el parachispas hasta el suelo, rodeada por un halo de llamas resplandecientes.

Jack gritó con fuerza, temiendo que la sala pudiera incendiarse; pero en el mismo momento el príncipe bajó de la ventana, y un chorro de agua salpicó el suelo. Entonces, sin otra palabra, los dos corrieron uno a los brazos del otro.

Un gran estruendo, un sonido como el de un trueno; y la habitación quedó llena de humo, a

través del cual Jack no podía ver nada. Sintió miedo, y ganas de llorar, pero en un minuto o dos escuchó la suave voz de la princesa, llamándolo:

—¡Jack, Jack! —y entonces vio que el humo se despejaba.

Allí, en medio de la sala, estaba la princesa Pyra, la misma, y aun así no la misma; y junto a ella estaba el príncipe Fluvius, con su cara y su rostro, y sin embargo cambiado. Su brazo rodeaba a la princesa, y ella apoyaba su cabeza en el hombro de él.

Ya no estaba rodeada de llamas, y el extraño brillo había desaparecido de su rostro y su vestido.

Su cabello parecía más suave y destellaba menos, y sus ojos ya no parecían quemarse, pero irradiaban una luz suave sobre Jack. La girándula de colores había desaparecido de su pecho, y en su lugar había un ramillete de flores de loto auténticas. El príncipe no estaba menos cambiado. Sus

ojos eran brillantes y límpidos, su cabello había perdido su brillo húmedo, y estaba seco y rizado; sus vestidos se veían frescos y firmes.

La princesa bajó su cabeza sollozando, y en esta ocasión cayeron lágrimas reales de sus ojos. El príncipe se inclinó para secarlas con un beso, y mientras lo hacía el reloj dio las doce, y todas las campanas de la gran ciudad tocaron para anunciar al mundo que el Año Nuevo nacía. Y mientras tocaban, la sala se llenó de las más extrañas figuras. Hadas, duendes, elfos, bellos, feos y extraños, entraban flotando por la ventana abierta, y se agolpaban alrededor del príncipe y la princesa, y llenaron cada rincón de la habitación. Pero todos miraban a Jack con ternura y le sonreían, mientras él lloraba de alegría. Con cada timbrazo del reloj, con cada golpe de campanas aumentaba su número, pero a la sexta

campanada, la joven pareja se levantó del suelo y comenzó a flotar lentamente hacia la ventana.

—Adiós, pequeño Jack, nunca te olvidaremos —dijo la princesa mientras se alejaba flotando, y lo saludó con la mano, sonriendo con dulzura.

—Adiós, pequeño Jack —repitió el príncipe—, vendremos cuando nos necesites.

Y mientras el reloj daba la última de las doce campanadas, cruzaron la ventana. Pero la princesa miró hacia atrás una vez más, y lanzó un beso con su mano. Entonces toda la extraña compañía que había llenado la sala justo un momento antes se levantó y se fue flotando alrededor del príncipe y la princesa, y la habitación quedó vacía y fría, y Jack se quedó solo.

**

Había pasado un año entero, y Jack había cumplido ocho años. Un largo año, y no había visto ni oído hablar de sus amigos los duendes.

Había removido el fuego, había escrutado el agua, pero había sido en vano. Se habían ido, temía, para no regresar nunca, y estaba empezando a creer que todo debió de haber sido un extraño sueño.

La Navidad había llegado de nuevo, pero esta era una Navidad diferente de la del año anterior, pues el pequeño Jack estaba muy enfermo, casi al borde de la muerte, y yacía en cama sin poder moverse. Su madre no salía a ninguna fiesta, pues pasaba noche y día sentada junto a la cama de su pequeño niño. ¡Cómo lloraba! Jack no podía entender por qué, pues, cuando no sentía dolor, le gustaba mucho estar acostado en su cama, con su madre a su lado para acariciarlo y entretenerlo.

La semana de Navidad pasó y la víspera de Año Nuevo llegó. Su madre estaba tan cansada de velarlo que no pudo mantenerse despierta más tiempo y se quedó dormida, a pesar de sí misma, en el brazo de la silla.

Jack estaba quieto, mirando a la luna brillante a través de la ventana. Una fina capa de nieve blanca cubría los tejados, donde la luz de la luna brillaba plateada y clara. Mientras estaba allí mirando, la vela titiló en su candelero, y se apagó por completo.

—A esta hora el año pasado vi a la princesa —dijo Jack para sí—, pero no la veré de nuevo —y suspiró.

—Pequeño Jack —llamó una voz baja y dulce, que lo hizo sobresaltarse y temblar.

Miró hacia la ventana, y allí, sobre un rayo de luna, estaba la princesa, más hermosa que nunca, y el príncipe la acompañaba de cerca.

—¿Creíste que no volverías a vernos? —preguntó ella—. Pero esta será la última vez, pues nos iremos a vivir al otro lado de la luna, y no volveremos ya más. Ahora, mira lo que te trajimos. Este es un cinturón mágico, y hemos pasado todo el año haciéndolo. Debes ponértelo y te hará muy fuerte, y en unos años ya no estarás enfermo.

Entonces Jack vio que entre ambos cargaban una especie de aro de plata que llevaron hasta la cama, y la princesa dijo:

—Nadie sabrá que está allí, pues apenas te toque se hará invisible. Ni siquiera tú lo sentirás. Ahora siéntate, y yo te lo pondré.

—Gracias, querida princesa —dijo Jack, sentándose en la cama.

Entonces el príncipe y la princesa deslizaron el cinturón sobre la cabeza de Jack y lo aseguraron

alrededor de su cintura, pero cuando lo tuvo puesto no pudo ni sentirlo ni verlo.

—Entonces adiós, querido Jack —dijeron—. Esta vez nos despedimos para siempre.

Y la princesa se inclinó para besar a Jack en la frente. Fue un beso tal, que no había sentido algo tan agradable en su vida.

—Adiós, querida y amable princesa —dijo, con voz ronca, tendiendo sus manos hacia ella, pues se sentía muy triste de solo pensar que no la vería nunca más.

Entonces tanto el príncipe como la princesa subieron flotando por el rayo de luna, y la princesa miró hacia atrás y envió un beso con su mano como antes, y salieron volando por la ventana, y Jack no los volvió a ver.

Pero al día siguiente, cuando el doctor vino, dijo que Jack estaba mucho mejor y que se recuperaría

pronto, y que todo era gracias a la nueva medicina que le había dado.

Y cuando Jack le contó a su madre sobre la princesa y el maravilloso cinturón que usaba, ella solo negó con la cabeza y dijo con una sonrisa:

—Querido hijo, tuviste un sueño, y me alegro de que haya sido uno tan agradable.

Años más tarde, cuando había crecido para convertirse en un muchacho alto y fuerte, con frecuencia buscó el cinturón, pero nunca pudo encontrarlo; y cuando su madre se regocijaba por verlo curado, y comentaba que todo había ocurrido gracias a su recuperación de esa horrible enfermedad que había tenido aquel invierno, él sonreía para sí y decía:

—No, todo ocurrió gracias a que fui al Polo Norte por la princesa del fuego.

LA NUEVA MADRE

Lucy Clifford

1.

Las niñas siempre se llamaron Ojos Azules y la Pavita, y recibieron esos nombres de la siguiente manera. La mayor era como su querido padre, que estaba lejos, en alta mar, y cuando la madre levantaba la mirada solía decir: "Niña, tienes los ojos de tu padre", pues el padre tenía los Ojos más Azules, de modo que gradualmente su pequeña hija pasó a recibir su nombre. La menor, en una ocasión, cuando era aún casi una bebé, había llorado amargamente porque un pavo que vivía cerca de la cabaña y a veces deambulaba por el bosque había desaparecido de repente en medio

del invierno, y para consolarla le habían dado su nombre.

Ahora, la madre y Ojos Azules y la Pavita y la bebé vivían en una cabaña solitaria en las afueras del bosque. El bosque estaba tan próximo que el jardín trasero parecía parte de él, y los abetos estaban tan cerca que sus grandes y negros brazos se estiraban sobre el techito de paja, y cuando la luna los alumbraba sus sombras se enredaban sobre las paredes blanqueadas.

El pueblo estaba lejos, a casi una milla y media de distancia, y la madre debía trabajar duro y no tenía tiempo de ir ella misma con frecuencia para ver si había carta del querido padre en la oficina de correos, de modo que solía enviar a ambas niñas en las tardes. Ellas se enorgullecían de poder ir solas, y solían correr la mitad del camino hacia la oficina de correos. Cuando regresaban

cansadas de la larga caminata, la madre estaba allí aguardándolas, y el té estaba listo, y la bebé gorjeaba con deleite; y si acaso había carta del mar, entonces eran ciertamente felices. El espacio de la cabaña era acogedor: las paredes por dentro y por fuera eran blancas como la nieve, y de ellas colgaban el molde para pasteles y la lata de hornear, y la tapa de una sartén grande que se había desgastado mucho antes de que las niñas tuvieran memoria, y la espátula, pulida y brillante como la plata. A un lado de la chimenea, sobre los fuelles, colgaba el almanaque; y al otro lado, el reloj que siempre daba la hora equivocada y se quedaba sin cuerda demasiado pronto, pero era un buen reloj, tenía una pequeña imagen en su rueda y a veces andaba por casi una semana sin pararse. La silla de la bebé estaba en una esquina, y en otra había un armario colgado bien alto en

la pared, en el cual la madre guardaba pequeñas sorpresas de todo tipo. Las niñas se preguntaban cómo habían llegado al armario las cosas que de él salían, pues nunca veían a nadie ponerlas allí.

—Queridas niñas —dijo la madre una tarde de otoño—, hace mucho frío para que vayan al pueblo, pero deben ir rápido, y quién sabe, puede que traigan una carta que diga que su querido padre ya va en camino a Inglaterra.

Entonces Ojos Azules y la Pavita se apuraron y pronto estuvieron listas.

—No tarden mucho —dijo la madre, como siempre decían antes de que salieran—. Vayan por el camino más corto y no miren a ningún extraño que se encuentren, y asegúrense de no hablarle.

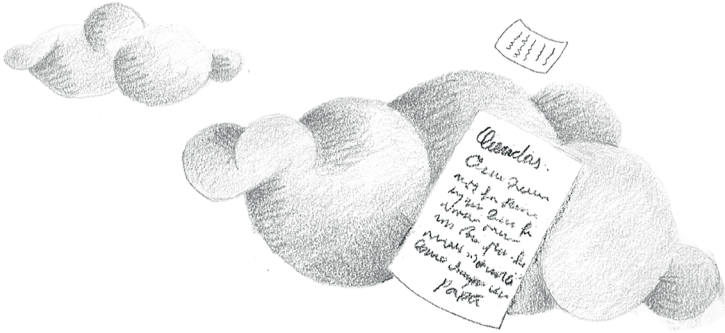
—No, madre —respondieron; y luego ella las besó y las llamó queridas y buenas niñas, y ellas partieron con alegría.

El pueblo estaba más animado de lo usual, pues había habido una feria el día anterior, y las gentes que habían celebrado aún se entretenían en la calle, como si se resistieran a darse cuenta de que la fiesta se había acabado.

—Desearía que hubiéramos venido ayer —le dijo Ojos Azules a la Pavita—, entonces quizá habríamos visto algo.

—Mira —dijo la Pavita, y señaló un puesto repleto de pan de jengibre, pero las niñas no tenían dinero. En el fondo de la calle, cerca del León Azul, donde paraban los coches de caballos, estaba sentado un hombre viejo con su espalda apoyada contra una casa; y a su lado había dos perros con collares de gola. Evidentemente se trataba de perros de espectáculo, pensaron las niñas, y quisieron verlos bailar, pero se veían tan cansados como su amo, y estaban muy quietos a su

lado, dando la impresión de no poder ni siquiera batir la cola una vez.



—Oh, realmente quisiera haber estado aquí ayer —dijo nuevamente Ojos Azules mientras se dirigían hacia la tienda de víveres, que también era la oficina de correos.

La encargada estaba bastante ocupada pesando paquetes de media libra de café, y cuando tuvo tiempo de atender a las niñas dijo solamente:

—No hay carta para ustedes hoy —y siguió con lo que estaba haciendo. Entonces Ojos Azules y la Pavita se dispusieron a irse a casa. Caminaron de regreso por la calle del pueblo, pasando nuevamente junto al hombre de los perros. Uno de ellos se había levantado y ahora estaba sentado de manera más bien torcida, inclinando mucho la cabeza hacia un lado y con apariencia melancólica, casi ridícula; pero las niñas avanzaron hacia el puente y hacia los campos que llevaban al bosque.

Habían dejado atrás el pueblo y andado un buen trecho, y allí, justo antes de alcanzar el puente, notaron, junto a un montón de piedras al pie del camino, una figura extraña. En un principio creyeron que se trataba de alguien dormido, luego pensaron que sería una pobre mujer enferma y hambrienta, y luego vieron que era una extraña muchacha de aspecto salvaje que parecía muy

apenada, y estuvieron convencidas de que algo sucedía. Así que fueron a verla y se les ocurrió que le preguntarían si podían hacer algo para ayudarla, pues eran niñas amables que ciertamente se condolían con la aflicción de cualquiera.

La muchacha parecía alta y tenía cerca de quince años. Estaba vestida con harapos. Envolvía sus hombros un viejo chal marrón, que estaba roto en la esquina que caía sobre su espalda. No llevaba tocado, y un viejo pañuelo amarillo que se había anudado alrededor de la cabeza se le había caído hasta quedar recogido alrededor de su cuello. Su cabello era negro como el carbón y caía suelto, sin peinar, de cualquier manera. No estaba muy largo, pero sí muy brillante, y parecía hacer juego con sus relucientes ojos negros y su tez oscura y pecosa. Cubriendo sus pies se veían unas medias ásperas de color gris y unas botas gruesas y desgastadas, que

evidentemente había olvidado atarse. Tenía algo escondido bajo su chal, pero las niñas no sabían qué. Inicialmente creyeron que era un bebé, pero cuando la joven, al ver que venían, lo puso en el suelo y se sentó sobre él, supieron que estaban equivocadas. La muchacha las miraba acercarse y no se movió hasta que estuvieron a menos de un metro de distancia; entonces se secó los ojos como si hubiera estado llorando amargamente, y levantó la mirada.

Las niñas se quedaron quietas frente a ella por un momento, mirándola fijamente y preguntándose qué debían hacer.

—¿Estás llorando? —preguntaron tímidamente.

Para su sorpresa, la muchacha dijo con voz alegre: —¡Oh, vaya, no! Todo lo contrario. ¿Ustedes sí?

A ellas les pareció grosero por parte de la joven responder así, pues cualquiera podía ver que no lloraban. Tuvieron ganas de alejarse, pero ella les

dirigió una mirada tan intensa con sus grandes ojos negros que no quisieron irse sin decirle algo más.

—¿Será que estás perdida? —dijeron con suavidad.

Pero la muchacha respondió rápidamente:

—Ciertamente que no. Ustedes acaban de encontrarme. Además —añadió—, vivo en el pueblo.

Esto sorprendió a las niñas, pues nunca antes la habían visto, y creían conocer de vista a todos los del pueblo.

—Nosotras vamos al pueblo con frecuencia —dijeron, pensando que podría interesarle.

—Así es —respondió ella.

Eso fue todo, y las niñas se preguntaron de nuevo qué hacer.

Entonces la Pavita, que tenía una mente curiosa, hizo una pregunta buena y directa:

—¿Sobre qué estás sentada? —inquirió.

—Sobre un tambor de pera —respondió la muchacha, con un tono de lo más animado, lo cual asombró a las niñas, pues parecía incómoda y como si tuviera frío.

—¿Qué es un tambor de pera?—preguntaron.

—Me sorprende que no lo sepan —respondió la joven—. Casi todas las personas de buena compañía tienen uno —Entonces lo sacó y se lo mostró a las niñas. Era un instrumento curioso, con forma muy parecida a la de una guitarra; tenía tres cuerdas, pero solo dos clavijas para afinarlas. La tercera cuerda no se afinaba nunca, y esto contribuía al singular efecto producido por la música de la joven del pueblo. Y sin embargo, curiosamente, el tambor de pera no se tocaba punteando las cuerdas, sino girando una manivela ingeniosamente escondida en un lado.

Pero lo más extraño del tambor de pera no era la música que hacía, ni las cuerdas, ni la manivela,

sino una cajita cuadrada que tenía pegada a un lado. La caja tenía una tapa plana que parecía abrirse por medio de un resorte. Eso fue todo lo que las niñas pudieron inferir en un principio. Estaban bastante ansiosas por ver dentro de la caja, o por saber qué contenía, pero pensaron que podía parecer extraño si lo decían.

—En verdad es una cosa preciosa, el tambor de pera —dijo la joven, mirándolo y hablando con voz casi afectuosa.

—¿Dónde lo conseguiste? —preguntaron las niñas.

—Lo compré —respondió la muchacha.

—¿No costó un montón de dinero? —preguntaron ellas.

—Sí —respondió la joven lentamente, asintiendo con la cabeza—, costó un montón de dinero. Soy muy rica —añadió.

Y a las niñas les pareció una afirmación increíble, pues no imaginaban a la gente rica vestida con ropas viejas, ni andando por ahí sin tocados. Al menos debía haberse peinado, pensaron; pero no quisieron decirlo.

—No pareces rica —dijeron lentamente, y en el tono más educado posible.

—Quizá no —respondió la muchacha, animadamente.

Ante esto, las niñas reunieron coraje y se atrevieron a señalar:

—Te ves como dejada —no quisieron decir "andrajosa".

—¿De verdad? —dijo la joven, con el tono de alguien que oye una afirmación agradable, pero inesperada—. Un poco de dejadez es respetable —añadió con voz de satisfacción—. Realmente tengo que decirles esto —continuó. Y las niñas

se preguntaron qué quiso decir. Abrió la pequeña caja en el lado del tambor de pera y dijo, tal como si hablara con alguien que pudiera oírla:— Ellas dicen que me veo como dejada; qué suerte, ¿no?

—Pero, ¡no estás hablando con nadie! —dijeron las niñas, más sorprendidas que nunca.

—¡Oh, claro que sí! Estoy hablándoles a ellos dos.

—¿Quiénes dos? —dijeron, asombradas.

—Sí. Aquí tengo a un hombrecito vestido de campesino, que tiene un sombrero de los que se llaman chambergos, con una pluma grande, y a una mujercita que le hace juego, vestida con una enagua roja y con un pañuelo blanco prendido en el pecho. Los pongo en la tapa de la caja, y cuando toco bailan de una manera hermosa. El hombrecito se quita el sombrero y saluda con él, y la mujercita se levanta un lado de la enagua con una mano y con la otra manda un beso hacia delante.

—¡Oh! ¡Déjanos ver, por favor, déjanos ver! —pidieron las niñas, al tiempo.

Entonces la muchacha del pueblo las miró con reserva.

—¡Dejarlas ver! —dijo lentamente—. Pues no creo que pueda. Díganme, ¿ustedes son buenas?

—Sí, sí —respondieron con entusiasmo—, ¡somos muy buenas!

—Entonces es imposible —respondió ella, y cerró enérgicamente la tapa de la caja.

Las niñas la miraron, atónitas.

—Pero somos buenas —se quejaron, pensando que no les había entendido—. Somos muy buenas. Nuestra madre siempre lo dice.

—Ya lo aclararon —dijo la muchacha, con tono decidido.

Las niñas aún no comprendían.

—Entonces, ¿no puedes dejarnos ver al hombrecito y a la mujercita? —preguntaron.

—¡Oh, vaya, no! —respondió la muchacha—. Solo puedo mostrárselo a niños traviesos.

—¡A niños traviesos! —exclamaron.

—Sí, a niños malos —respondió ella—. Y mientras más traviesos sean los niños, mejor bailan el hombrecito y la mujercita.

Con cuidado guardó el tambor de pera debajo de su harapienta capa, y se dispuso a irse por su lado.

—Realmente no podría haber creído que ustedes fueran buenas —dijo con desaprobación, como si las niñas hubieran reconocido algún crimen terrible—. En fin, adiós.

—Ay, pero por favor muéstranos al hombrecito y la mujercita —pidieron.

—Por supuesto que no. Adiós —dijo nuevamente.

—Ay, pero seremos traviesas —dijeron, con desesperación.

—Me temo que no podrían serlo —respondió ella, negando con la cabeza—. Se necesita bastante

talento, especialmente para portarse mal. En fin, adiós —dijo por tercera vez—. Quizá las vea en el pueblo mañana.

Y rápidamente se alejó, mientras los ojos de las niñas se llenaban de lágrimas, y en sus corazones sentían el dolor de la decepción.

—Si tan solo fuéramos traviesas —dijeron—, los habríamos visto bailar; habríamos visto a la mujercita sosteniendo su enagua roja en la mano, y al hombrecito saludando con el sombrero. Ay, ¿qué hacemos para que nos los deje ver?

—Supongamos —dijo la Pavita— que intentáramos hacer alguna travesura hoy; quizá nos dejaría verlos mañana.

—Pero, ¡ay! —dijo Ojos Azules—, yo no sé cómo portarme mal; nadie me ha enseñado.

La Pavita pensó unos minutos, en silencio.

—Creo que puedo hacer travesuras si lo intento —dijo—. Voy a probar esta noche.

Y entonces la pobre Ojos Azules se echó a llorar.

—Ay, ¡no hagas travesuras sin mí! —chilló—. Sería tan desconsiderado de tu parte. Sabes que quiero ver al hombrecito y a la mujercita tanto como tú. Eres muy, muy desconsiderada —y sollozó amargamente.

Así, discutiendo y llorando, llegaron a su casa.

Ahora, cuando su madre las vio, estaba bastante asombrada. Temiendo que estuvieran heridas, corrió hacia ellas.

—Ay, mis niñas, ay, mis queridas niñas —dijo—, ¿qué sucedió?

Pero ellas no se atrevieron a contarle a su madre sobre la muchacha del pueblo, el hombrecito y la mujercita, así que respondieron:

—No pasó nada, no pasó nada de nada —y lloraron aún más.

—Pero ¿por qué lloran? —preguntó, sorprendida.

—Seguro podemos llorar si queremos —gimieron—. Nos gusta mucho llorar.

—¡Pobres niñas! —dijo la madre para sí—. Están cansadas, y quizá tengan hambre; después del té estarán mejor.

Y entonces volvió a la cabaña, y avivó el fuego hasta que su reflejo danzó sobre las tapaderas de lata colgadas en la pared; y puso a hervir la tetera, y colocó las cosas para el té sobre la mesa, y abrió la ventana para dejar entrar el delicioso aire fresco, e hizo que todo quedara radiante. Luego fue al pequeño armario colgado bien alto en la pared, tomó algo de pan y lo puso en la mesa, y dijo en un tono amoroso:

—Niñitas queridas, vengan a tomar su té; está todo listo para ustedes. Y miren, ahí está la bebé, despertando de su sueño; pongámosla en la silla alta, y ella gorjeará mientras nosotras comemos.

Pero las niñas no dieron respuesta alguna a la

querida madre; solamente se quedaron sentadas junto a la ventana sin decir nada.

—Vengan, niñas —dijo la madre nuevamente—. Ven, Ojos Azules, y ven, mi Pavita; hay pan dulce para el té.

Entonces Ojos Azules y la Pavita se voltearon a mirar, y cuando vieron la barra de pan horneado, crujiente y dorado, y todas las tazas alineadas, y la jarra de leche esperándolas, fueron a la mesa y se sentaron y se sintieron un poco más alegres; y la madre no puso a la bebé en la silla alta después de todo, sino que la sentó sobre su rodilla, y la hizo brincar de arriba abajo, y le cantó pedazos de canciones, y se rio, y pareció contenta, y pensó en el padre, lejos en alta mar, y se preguntó qué les diría él a todas cuando volviera a casa. De repente, levantó la mirada y vio que los ojos de la Pavita estaban llenos de lágrimas.

—¡Pavita! —exclamó—, ¡mi querida Pavita!

¿Qué sucede? Ven con mamá, mi vida, ven con tu mamá —y después de poner a la bebé en la manta, extendió los brazos, y la Pavita, levantándose de su silla, corrió hacia ellos rápidamente.

—Oh, mamá —sollozó—, ¡ay, mi querida madre! De veras quiero portarme mal.

—¡Mi querida niña! —exclamó la madre.

—Sí, mamá —sollozó la niña, cada vez más amargamente—. De verdad quiero ser muy, muy traviesa.

Y entonces Ojos Azules se levantó de su silla también y, restregando su rostro contra el hombro de la madre, lloró lastimeramente.

—Y yo también, mamá. Oh, daría cualquier cosa por ser muy, muy traviesa.

—Pero, mis queridas niñas—dijo la madre, atónita—, ¿por qué quieren ser traviesas?

—Porque sí; ay, ¿qué vamos a hacer? —chillaron juntas.

—Me enfurecería mucho si se portaran mal. Pero no podrían hacer eso, porque me aman —respondió la madre.

—¿Por qué no podemos portarnos mal si te amamos? —preguntaron.

—Porque eso me pondría muy triste; y si ustedes me aman, no pueden ponerme triste.

—¿Por qué no? —preguntaron.

La madre pensó un rato antes de contestar, y cuando lo hizo, ellas casi no la entendieron, quizá porque pareció hablar más consigo misma que con ellas.

—Porque si uno ama bien —dijo con suavidad—, el amor es más fuerte que todos los malos sentimientos juntos, y los vence. Y esta es la prueba de si el amor es real o falso, la mezquindad y la maldad no pueden contra él.

—No entendemos lo que dices —se quejaron—;

y sí te amamos, pero queremos ser traviesas.

—Entonces sabré que no me aman —dijo la madre.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Ojos Azules.

—No lo sé. Intentaré hacer que se porten mejor.

—Pero ¿y si no pudieras? ¿Y si fuéramos muy, muy, muy traviesas y no quisiéramos portarnos bien, entonces qué?

—Entonces —dijo la madre con pesar, y mientras hablaba sus ojos se llenaron de lágrimas, y un sollozo casi la ahoga—, entonces —dijo— tendría que irme y dejarlas, y enviarles una nueva mamá, con ojos de vidrio y cola de madera.

—No lo harías —chillaron.

—Sí, lo haría —respondió ella en voz baja—, pero me pondría muy triste, y nunca lo haré a menos que se porten muy, muy mal, y me vea obligada a hacerlo.

—No seremos traviesas —chillaron—, seremos

buenas. Odiaríamos tener una nueva mamá, y ella nunca va a venir—. Y se aferraron a su propia madre, y la besaron con cariño.

Pero cuando se fueron a la cama sollozaron amargamente, pues recordaron al hombrecito y a la mujercita, y desearon más que nunca verlos; pero ¿cómo podrían soportar que su propia madre se fuera, y que una nueva tomara su lugar?

2.

—Buen día —dijo la muchacha del pueblo al ver a Ojos Azules y a la Pavita acercarse. De nuevo estaba sentada junto al montón de piedras, y bajo su chal escondía el tambor de pera. Parecía como si no se hubiera movido desde el día anterior—. Buen día —dijo en el mismo tono animado en el que había hablado ayer—, el clima está realmente

encantador.

—¿Están ahí el hombrecito y la mujercita? —preguntaron las niñas, sin prestar atención al comentario.

—Sí, gracias por preguntar por ellos —respondió la muchacha—, los dos están aquí y están muy bien. El hombrecito está aprendiendo a hacer tintinear las monedas en su bolsillo, y la mujercita escuchó un secreto, lo cuenta mientras baila.

—Ay, déjanos ver —suplicaron.

—Totalmente imposible, les aseguro —respondió la joven inmediatamente—. Ya saben, ustedes son buenas.

—¡Oh! —dijo Ojos Azules, con pesar—, pero mamá dice que si nos portamos mal ella se irá y nos enviará una nueva madre, con ojos de vidrio y cola de madera.

—Así es —dijo la muchacha, hablando aún en

el mismo tono despreocupado—, eso es lo que dicen todas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la Pavita.

—Todas amenazan con la misma cosa. Por supuesto que no hay madres con ojos de vidrio y colas de madera; sería demasiado caro hacerlas —y el sentido común de esta observación fue evidente para las niñas, sobre todo para la Pavita, pero se limitaron a decir, medio llorando:

—Pensamos que podrías dejarnos ver al hombrecito y a la mujercita bailar.

—Es lo típico que uno podría pensar —enfatizó la muchacha del pueblo.

—¿Pero lo harás si nos portamos mal? —preguntaron, desesperadas.

—Me temo que no podrían hacerlo, de verdad, ni siquiera si lo intentaran —dijo ella, desdeñosamente.

—Oh, pero vamos a intentarlo; sí que lo haremos —chillaron—, por favor muéstranoslos.

—Ciertamente no por adelantado —respondió la joven, mientras se levantaba y se disponía a irse.

—Pero si hacemos travesuras esta noche, ¿nos dejarás verlos mañana?

—Las preguntas de hoy siempre es mejor responderlas mañana —dijo la muchacha, y se dio la vuelta como para alejarse—. Adiós —dijo despreocupadamente—, realmente debo irme y tocar un poco para mí; adiós —repitió, y comenzó a cantar de repente:

Oh, dulce y hermosa es la mariquita,
y el abejorro también,
pero yo siempre he preferido
al gentil chimpancé
al gentil chimpancé-e-e
al gentil chim...

—Les ruego que me disculpen —dijo, deteniéndose y mirando por encima del hombro—,

es muy grosero cantar sin permiso frente a otras personas. No lo volveré a hacer.

—Oh, por favor, sigue —dijeron las niñas.

—Me voy —dijo ella, y se alejó.

—No, quisimos decir que siguieras cantando —explicaron ellas—, y déjanos oírte tocar —pidieron, recordando que aún no habían escuchado ni un sonido proveniente del tambor de pera.

—Totalmente imposible —replicó mientras seguía caminando—. Ustedes son buenas, como dije antes. El placer de ser bueno se centra en sí mismo; los placeres de ser travieso son muchos y variados. Buen día —gritó, pues ya estaba tan lejos que era casi inaudible.

Durante algunos minutos las niñas se quedaron quietas, siguiéndola con la mirada, y luego rompieron a llorar.

—Podría habernos dejado verlos —sollozaron.

La Pavita fue la primera en secarse las lágrimas.

—Vamos a casa y portémonos muy mal —dijo—, y entonces quizá nos deje verlos mañana.

—¿Pero qué vamos a hacer? —preguntó Ojos Azules, levantando la mirada. Entonces pasaron todo el camino de regreso a casa planeando juntas cómo empezar a ser traviesas. Y esa tarde la querida madre estaba tremendamente angustiada, pues ellas, en lugar de sentarse alegres y sonrientes para el té, como de costumbre, y ayudarla a recoger y hacer lo que les pidiera, rompieron sus tazas y tiraron su pan con mantequilla al suelo; y cuando la madre les pidió hacer alguna cosa, ellas deliberadamente hicieron otra; y en lo que respecta a ayudarla a limpiar, la dejaron para que lo hiciera todo sola, y solamente patalearon, furiosas, cuando ella les dijo que subieran a su habitación y se quedaran allí hasta que se portaran bien.

—No vamos a portarnos bien —lloriquearon—.

Odiamos ser buenas, y siempre queremos hacer travesuras. Nos gusta mucho ser traviesas.

—¿Recuerdan lo que les dije que haría si se ponían muy, muy traviesas? —preguntó ella, con tristeza.

—Sí, ya sabemos, pero no es cierto —dijeron—. No hay ninguna madre con cola de madera y ojos de cristal, y si existiera solo le clavaríamos alfileres y la enviaríamos lejos; pero no existe.

Entonces la madre terminó por enfurecerse y las envió a la cama, pero en lugar de llorar y sentirse mal por haber causado su ira, ellas rieron de dicha, y ya en sus camas, se sentaron y cantaron canciones alegres a todo pulmón.

La mañana siguiente, muy temprano, sin pedirle permiso a la madre, las niñas se levantaron y corrieron tan rápido como pudieron a través de los campos, hacia el puente, para buscar a la muchacha del pueblo. Ella estaba, como de costumbre,

junto al montón de piedras y con el tambor de pera bajo su chal.

—Ahora, por favor, muéstranos al hombrecito y la mujercita —pidieron—, y déjanos escuchar el tambor de pera. Nos portamos muy mal anoche —pero la muchacha mantuvo el tambor de pera bien escondido—. Nos portamos muy mal —gimieron las niñas de nuevo.

—No me digan... —dijo ella, exactamente en el mismo tono que ayer.

—Lo fuimos —repitieron—, sí que lo fuimos.

—Eso dicen ustedes —respondió ella—. No fueron ni de cerca lo suficientemente traviesas.

—¡Pero nos enviaron a la cama!

—Precisamente —dijo la muchacha, cubriendo el tambor de pera con la otra punta del chal—. Si hubieran sido realmente traviesas, no habrían ido a la cama; pero no pueden evitarlo, ya ven. Como

señalé antes, se necesita bastante habilidad para ser travieso como debe ser.

—Pero rompimos nuestras tazas, tiramos nuestro pan con mantequilla al suelo, hicimos todo lo que pudimos para ser insoportables.

—Puras nimiedades —respondió la joven del pueblo, con desdén—. ¿Le echaron agua fría al fuego, rompieron el reloj, descolgaron todas las latas de las paredes y las tiraron al suelo?

—¡No! —exclamaron las niñas, horrorizadas—, no hicimos eso.

—Eso pensé —respondió la muchacha—. Mucha gente confunde un poco de ruido y tonterías con las verdaderas travesuras, pero, como dije antes, se requiere habilidad para actuar como se debe actuar. Bueno, adiós —y antes de que ellas pudieran decir una palabra, había desaparecido.

—Nos portaremos mucho peor —chillaron las niñas con desesperación—. Vamos a hacer todas las cosas que dice —y luego fueron a casa e hicieron todas esas cosas. Le echaron agua al fuego; descolgaron la lata de hornear y el molde para pasteles, la espátula y la tapa de la sartén que nunca habían visto, y las golpearon contra el suelo; rompieron el reloj y bailaron sobre la mantequilla; lo desordenaron todo; y se quedaron quietas, pensando si habían sido lo suficientemente traviesas.

Y cuando la madre vio todo lo que habían hecho, no las regañó como el día anterior ni las envió a la cama, sino que se echó a llorar, y luego miró a las niñas y dijo con pesar:

—A menos que se porten bien mañana, mis pobres Ojos Azules y Pavita, en efecto voy a tener que irme y no volver jamás, y la nueva madre de la que les hablé vendrá con ustedes.

No le creyeron, pero sintieron pena cuando vieron lo triste que parecía, y pensaron que, cuando hubieran visto bailar al hombrecito y a la mujercita, serían buenas con su querida madre para siempre; pero no podían serlo aún, no hasta oír el sonido del tambor de pera, ver el baile del hombrecito y la mujercita, y oír el secreto que ella contaba. Entonces estarían satisfechas.

La mañana siguiente, antes de que los pájaros revolotearan, antes de que el sol se hubiera elevado lo suficiente para mirar por la ventana de su habitación, o de que las flores se hubieran frotado los ojos y estuvieran listas para el día, las niñas se levantaron y salieron a escondidas de la cabaña y corrieron a través de los campos. No creían que la muchacha del pueblo estuviera despierta tan temprano, pero habían sentido tanto dolor en sus corazones al ver la expresión de tristeza de

su madre que no habían podido dormir, y ansiaban saber si se habían portado lo suficientemente mal, y si podrían escuchar el tambor de pera y ver al hombrecito y a la mujercita una vez, para después volver a casa y ser buenas para siempre.

Para su sorpresa, vieron a la muchacha del pueblo sentada junto al montón de piedras, como si fuera su hogar natural. Corrieron de prisa cuando la vieron, y notaron que la caja que contenía al hombrecito y a la mujercita estaba abierta, pero la muchacha la cerró rápidamente cuando las vio, y ellas oyeron el chasquido del resorte que la mantenía sellada.

—Hemos hecho muchas travesuras —gimotearon—. Hemos hecho todo lo que nos dijiste, ¿ya puedes mostrarnos al hombrecito y a la mujercita?

La muchacha las miró con curiosidad, luego

sacó de su bolsillo el pañuelo de seda amarilla que a veces usaba alrededor de su cabeza, y comenzó a alisarle las arrugas con sus manos.

—En verdad parecen bastante entusiasmadas —dijo, en su tono usual—. Deberían calmarse, la calma recoge las cosas y las esconde como una gran capa, o como el chal que tengo aquí, por ejemplo —y miró el manto harapiento que escondía el tambor de pera.

—Hemos hecho todo lo que nos dijiste —lloriquearon las niñas nuevamente—, y tenemos muchas ganas de oír el secreto —pero la muchacha solo continuó alisando su pañuelo.

—Soy tan meticulosa con mis vestidos —dijo la muchacha. Casi no podían escucharla por la emoción.

—Por favor dinos si podemos ver al hombrecito y a la mujercita —suplicaron de nuevo—. Nos

hemos portado tan mal, y nuestra madre dice que se irá hoy y nos enviará una nueva madre si no somos buenas.

—En efecto —dijo la muchacha, empezando a interesarse y entretenerse—, las cosas que la gente dice son de lo más interesantes y divertidas. Hay una inmensa variedad en el lenguaje —pero las niñas no comprendían, solo pidieron otra vez ver al hombrecito y la mujercita.

—Bueno, veamos —dijo la muchacha por fin, como cediendo—. ¿Cuándo dijo su madre que se iría?

—Pero si se va, ¿qué vamos a hacer? —se lamentaron, desesperadas—. No queremos que se vaya, la queremos mucho. ¡Oh! ¿Qué vamos a hacer si se va?

—La gente va y viene; primero se va y luego viene. A lo mejor ella se va antes de venir; no

podría venir antes de irse. Será mejor que vuelvan y sean buenas —la muchacha añadió de repente—, en verdad no son lo suficientemente inteligentes para ser otra cosa; y el secreto de la mujercita es muy importante; nunca se lo cuenta a un travieso falso.

—Pero si hicimos todas las cosas que nos dijiste —lloraron las niñas, con desesperación.

—No arrojaron el espejo por la ventana, ni pusieron a la bebé de cabeza.

—No, eso no lo hicimos— susurraron las niñas.

—Eso pensé —dijo la muchacha, victoriosa—. Bien, adiós. No estaré aquí mañana. Adiós.

—Oh, pero no te vayas —rogaron—. Estamos muy tristes, déjanos verlos aunque sea una vez.

—Bueno, pasaré por su cabaña a las once en punto de la mañana —dijo la joven—. Quizá vaya tocando el tambor de pera mientras camino.

—¿Y nos vas a mostrar al hombrecito y la mujercita? —preguntaron.

—Imposible, a menos que de verdad se lo hayan ganado; las travesuras falsas no son más que bondad arruinada. Ahora, si rompen el espejo y hacen las cosas que les digo...

—Oh, las haremos —gimotearon—. Seremos muy traviesas hasta que te oigamos venir.

—Es una pérdida de tiempo, me temo —dijo la muchacha educadamente—, pero no quisiera meterme en sus asuntos. Verán, el hombrecito y la mujercita, como están acostumbrados a las mejores compañías, son bien exigentes. Adiós —dijo, como siempre decía, y rápidamente se alejó, pero se dio la vuelta y gritó:— Once en punto, seré muy puntual; soy muy meticulosa con mis compromisos.

Entonces las niñas regresaron a casa nuevamente, y se portaron mal, ay, tan mal que la querida

madre sintió mucho dolor en su corazón y sus ojos se llenaron de lágrimas, y finalmente subió a su habitación y lentamente se puso su mejor vestido y su cofia nueva, y vistió a la bebé con sus vestidos de domingo, y luego bajó y se puso frente a Ojos Azules y la Pavita, y mientras lo hacía, la Pavita lanzó el espejo por la ventana, y este cayó al suelo con un estruendo.

—Adiós, mis niñas —dijo la madre con pesar, besándolas—. Adiós, mi Ojos Azules; adiós, mi Pavita; la nueva madre llegará pronto. ¡Ay, mis pobres niñas! —y luego, llorando amargamente, la madre alzó a la bebé en brazos y se dio la vuelta para salir de la casa.

—Pero, mamá —gritaron las niñas, y de repente, el reloj roto dio las diez y media, y sabían que en media hora la muchacha del pueblo vendría tocando el tambor de pera—. Pero, madre,

seremos buenas a las once y media, vuelve a las once y media —suplicaron—, y seremos buenas, sí que lo seremos; tenemos que ser traviesas hasta las once en punto —pero la madre solo recogió el pequeño paquete con su delantal de algodón y un par de zapatos viejos, y salió lentamente por la puerta. Parecía como si las niñas estuvieran hechizadas, no podían seguirla. Abrieron la ventana de par en par y la llamaron:— ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Ay, mamá, vuelve! Seremos buenas, seremos buenas para siempre si vuelves —pero la madre solo se dio la vuelta y negó con la cabeza, y ellas vieron las lágrimas que le caían por las mejillas.

—¡Regresa, querida mamá! —gritó Ojos Azules, pero la madre seguía caminando a través de los campos.

—¡Vuelve, vuelve! —gritaba la Pavita, pero la madre seguía andando. Ya en el borde del campo

se detuvo, se dio la vuelta y agitó su pañuelo, empapado de lágrimas, hacia las niñas en la ventana; hizo que la bebé se besara la mano; y en un momento su madre y la bebé desaparecieron de su vista.

Entonces las niñas sintieron una gran pena y lloraron amargamente, tal como lo había hecho su madre, aún sin poder creer que se hubiese ido. Seguramente regresaría, pensaron; no las dejaría sin más; pero, ay, si lo hiciera, si lo hiciera. Y entonces el reloj roto dio las once, y de repente se oyó un sonido, un sonido rápido, metálico y tintineante, con extrañas disonancias por momentos; y se miraron una a otra, con los corazones en vilo, pues sabían que se trataba del tambor de pera. Corrieron a la ventana abierta, y desde allí vieron que la muchacha del pueblo venía hacia ellas por los campos, bailando y tocando mientras

se acercaba. Tras ella, caminando despacio, pero manteniendo siempre la misma distancia de ella, venía el hombre con los perros, al que habían visto dormido junto al León Azul, el día que vieron por primera vez a la muchacha con el tambor de pera. Tocaba una flauta que producía un extraño sonido estridente; lo oían perfectamente por encima del tintineo del tambor de pera. Tras el hombre iban los dos perros, balanceándose y dando vueltas sobre sus patas traseras.

—Hicimos todo lo que nos dijiste —gritaron las niñas cuando se recuperaron de su asombro—. Ven a ver; y ahora muéstranos al hombrecito y la mujercita.

La muchacha no dejó de tocar ni de bailar, pero les gritó con una voz mitad hablada, mitad cantada, y acompasada con la extraña música del tambor de pera.

—Lo hicieron todo mal. Echaron el agua en el lado equivocado del fuego, las cosas de lata no estaban realmente en el centro de la habitación, el reloj no está lo suficientemente roto, tampoco pusieron a la bebé de cabeza.

Entonces las niñas, todavía como hechizadas junto a la ventana, gritaron, suplicando con las manos apretadas: —Ay, pero hicimos todo lo que nos dijiste, y mamá se fue. Ahora muéstranos al hombrecito y la mujercita, y déjanos oír el secreto.

Cuando dijeron esto, la muchacha había llegado justo frente a la cabaña, pero no dejó de tocar. El sonido de las cuerdas parecía atravesar sus corazones. No dejaba de bailar; ya estaba pasando la cabaña. No dejaba de cantar, y todo lo que decía sonaba como una terrible canción. Y todavía el hombre la seguía, siempre a la misma distancia, tocando estridentemente su flauta; y aún los dos

perros bailaban y daban vueltas tras él, con sus colas inmóviles, sus patas estiradas, sus collares blancos y rígidos. Seguían adelante, todos juntos.

—¡Oh, detente! —gritaron las niñas—, y muéstranos ya al hombrecito y la mujercita.

Pero la muchacha cantaba fuerte y claro, mientras la cuerda que estaba desafinada resonaba sobre su voz.

—El hombrecito y la mujercita están muy lejos. Miren, su caja está vacía.

Y por primera vez las niñas vieron que la tapa de la caja estaba levantada y colgaba hacia atrás, y no había ningún hombrecito ni mujercita en su interior.

—Voy hacia mi tierra —cantó la muchacha—, a la tierra donde nací —y avanzó hacia el largo camino recto que llevaba a la ciudad, a muchos, muchos kilómetros de distancia.

—Pero nuestra madre se fue —se quejaron las niñas—; nuestra querida madre, ¿volverá algún día?

—No —cantó la muchacha—, nunca volverá, nunca volverá. Yo la vi junto al puente: tomó un bote en el río; está navegando hacia el mar; va a encontrarse con su padre otra vez, y seguirán navegando, navegando hacia países muy lejanos.

Y cuando oyeron esto, las niñas gritaron, pero no pudieron decir nada más, pues parecía que sus corazones se rompían.

Entonces la muchacha, cuya voz se hacía inaudible en la distancia, les gritó una vez más. De no ser por el terror que les agudizaba el oído, no habrían podido escucharla, tan lejos estaba y tan disonante era la música.

—Su nueva madre ya viene. Está en camino; pero camina despacio, porque su cola es bastante larga, y olvidó sus lentes, pero ya viene, ya viene, ya viene.

La última palabra se desvaneció; fue la última que le oyeron decir a la muchacha del pueblo. Seguía avanzando, sin dejar de bailar; y la seguía el hombre, podían ver que aún tocaba, pero ya no podían oír el sonido de su flauta; y los seguían los perros, dando vueltas y vueltas y vueltas. Siguieron todos avanzando, alejándose más y más, hasta que ya no fueron cosas separadas, hasta que fueron solo una masa confusa y descolorida, hasta que fueron un objeto oscuro y borroso que nada podría definir, hasta que desapareció por completo, por completo y para siempre.

Entonces las niñas se dieron la vuelta, se miraron una a otra y luego a la pequeña cabaña, que tan solo una semana antes había sido tan radiante y alegre, tan acogedora y limpia. El fuego estaba apagado y el agua aún mojaba las cenizas; la lata de hornear y el molde para pasteles, la espátula y la tapa de sartén,

que la querida madre solía pasar tanto tiempo restregando, se habían bajado de los clavos donde tanto tiempo habían estado colgadas, y yacían en el suelo. Y estaba el reloj, todo roto y arruinado, la imagen de la rueda ya no se distinguía; y aunque de vez en cuando daba alguna hora suelta, lo hacía con el tono de un reloj cuyas horas estaban contadas. Y estaba la silla alta de la bebé, pero no había ninguna bebé que se sentara en ella; estaba el armario en la pared, ya sin barras de pan dulce en sus estantes; y estaban las tazas rotas, y los trozos de pan regados por ahí, y las tablas grasientas que la madre había fregado de rodillas hasta que estuvieran blancas como la nieve. En el medio de todo estaban las niñas, mirando el desastre que habían hecho, con pena en sus corazones, con los ojos anegados en lágrimas, y con las pequeñas manos agarradas por la tristeza.

—Oh, ¿qué vamos a hacer? —lloró Ojos Azules—.

Quisiera que no hubiéramos visto nunca a la muchacha del pueblo ni al tambor de pera horrible.

—Seguro mamá va a volver —sollozó la Pavita—. Estoy segura de que nos vamos a morir si no vuelve.

—No sé qué vamos a hacer si la nueva madre viene —lloró Ojos Azules—. Nunca voy a querer a ninguna otra mamá. No sé qué vamos a hacer si esa madre horrible viene.

—No la dejaremos entrar —dijo la Pavita.

—Pero quizás entre —sollozó Ojos Azules.

Entonces la Pavita dejó de llorar un momento, para pensar qué había que hacer.

—Vamos a ponerle cerrojo a la puerta —dijo—, y a cerrar la ventana; y no vamos a prestar atención cuando llame.

Entonces le pusieron cerrojo a la puerta, y cerraron la ventana, y la aseguraron. Y después, a pesar de todo lo que habían dicho, se sintieron

traviesas de nuevo, y anhelaron al hombrecito y la mujercita que nunca habían visto, mucho más que a la madre que las había amado durante todas sus vidas. Pero aún no creían realmente que su propia madre no volvería, ni que otra nueva madre fuera a ocupar su lugar.

Cuando fue hora de cenar, estaban hambrientas, pero solo pudieron encontrar algo de pan duro, y tuvieron que contentarse con eso.

—Oh, quisiera haber escuchado el secreto de la mujercita —se lamentó la Pavita—; así no me habría importado.

Durante toda la tarde se sentaron a vigilar y a escuchar, por miedo a la nueva madre, pero no vieron ni oyeron nada de ella, y gradualmente fue disminuyendo su miedo de que llegara. Entonces pensaron que quizá cuando oscureciera su propia madre querida vendría a casa, y quizá si le

pedían que las perdonara, lo haría. Y entonces Ojos Azules pensó que si la madre efectivamente venía, tendría mucho frío, así que se escabulleron por la puerta trasera y recogieron madera, y por último, aunque la chimenea estaba mojada y era difícil manejarla, encendieron una llama. Al ver cómo resplandecía el fuego, y cómo saltaban las pequeñas chispas entre la madera y el carbón, comenzaron a sentirse felices de nuevo, y más seguras de que su propia madre volvería; y este agradable fuego les recordó todas las veces que ella había esperado a que volvieran de la oficina de correos, y cómo las recibía, las acomodaba, y les daba rico té caliente y pan dulce, y hablaba con ellas. Ay, ¡cuánto sentían haberse portado mal, y todo por esa desagradable muchacha del pueblo! Ya no les importaba en lo más mínimo el hombrecito ni la mujercita, ni querían oír el secreto.

Trajeron un cubo con agua y lavaron el suelo, encontraron un trapo y fregaron las latas hasta que otra vez estuvieron brillantes y, poniendo un taburete encima de una silla, se subieron en él y colgaron cada cosa en su lugar; y luego recogieron las tazas rotas y ordenaron la habitación tanto como pudieron, hasta que fue pareciendo cada vez más que las manos de la querida madre se habían hecho cargo. Se sintieron más y más seguras de que regresaría, junto con la querida bebé, y se les ocurrió preparar el té para ella, tal como ella lo había preparado para sus hijas traviesas. Descolgaron la bandeja para el té, y sacaron las tazas, y pusieron la tetera en el fuego para que hirviera, y lo hicieron parecer todo tan familiar como pudieron. No había pan dulce para poner sobre la mesa, pero quizá la madre traería algo del pueblo, pensaron. Finalmente todo estaba listo, y Ojos Azules y la

Pavita se lavaron la cara y las manos, y se sentaron a esperar, pues naturalmente no creían lo que la muchacha del pueblo les había dicho de que su madre se iría navegando.

De repente, mientras esperaban junto al fuego, oyeron un sonido como de algo pesado que se arrastraba por el suelo afuera, y entonces hubo golpes ruidosos y terribles en la puerta. Las niñas sintieron que sus corazones se paraban. Supieron que no era su madre, pues ella habría girado el pomo de la puerta y entrado sin tocar.

—¡Oh, Pavita! —susurró Ojos Azules—, y si es la nueva madre, ¿qué hacemos?

—No le abriremos —susurró la Pavita, pues tenía miedo de hablar en voz alta, y se oyeron de nuevo los golpes largos, ruidosos y terribles en la puerta.

—¿Qué vamos a hacer? Ay, ¿qué vamos a hacer? —chillaron las niñas con desesperación—. ¡Vete!

—gritaron—. ¡Vete, no te dejaremos entrar, nunca más vamos a portarnos mal, vete, vete!

Pero de nuevo se oyeron los golpes, ruidosos y terribles.

—Va a romper la puerta si sigue tocando tan fuerte —se quejó Ojos Azules.

—Ve y recuéstate contra la puerta —susurró la Pavita—, yo miraré por la ventana y trataré de ver si realmente es la nueva mamá.

De modo que, asustada y temblando, Ojos Azules se recostó de espaldas contra la puerta, y la Pavita se dirigió a la ventana y, presionando el rostro contra un lado del marco, miró hacia afuera. Solo pudo ver un tocado de satén negro bordeado de volantes, y un brazo largo y huesudo que sostenía una maleta de cuero negro. Desde debajo del tocado se veía refulgir una extraña luz brillante, y el corazón de la Pavita dio un vuelco y sus mejillas palidecieron,

pues supo que se trataba del destello de dos ojos de cristal. Se acercó con sigilo a Ojos Azules.

—¡Es ella, es ella, es ella! —susurró, y la voz le temblaba por el miedo—, ¡es la nueva madre! ¡Vino, y trajo su equipaje en una maleta de cuero negro que lleva colgada del brazo!

—Ay, ¿qué hacemos? —lloró Ojos Azules; y de nuevo se oyeron los terribles golpes.

—Ven y recuéstate tú también contra la puerta, Pavita —pidió Ojos Azules—. Tengo miedo de que se rompa.

Por un terrible momento todo estuvo en silencio, pero en él las niñas casi podían oírla levantar su cola, y entonces, con una explosión aterradora, la pequeña puerta pintada quedó rota y astillada.

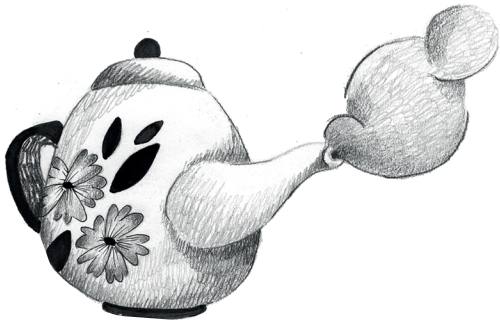
Dando un alarido, las niñas salieron corriendo y huyeron, atravesando la cabaña y saliendo por la

puerta trasera hacia el bosque. Permanecieron toda la noche en la oscuridad y el frío, y todo el día siguiente, y el siguiente, y todos los días helados y sombríos, y todas las noches largas y oscuras que siguieron.

Y, niños míos, allí siguen. Por largas semanas y meses han estado ahí, con solo juncos verdes por almohadas y nada más que hojas secas para cubrirse, alimentándose de las fresas salvajes en verano, o de las nueces cuando pueden cogerlas, o de las moras cuando ya no están ácidas en otoño, y en invierno, de las pequeñas bayas rojas que se maduran entre la nieve. Deambulan por entre los negros abetos o debajo de los enormes árboles de más allá. A veces descansan junto al estanque cerca de la arboleda donde crecen más tupidos los helechos, y anhelan y anhelan, con un anhelo que las palabras no pueden describir, ver a su querida madre una vez más, solo una

vez más, y decirle que serán buenas para siempre, solo una vez más.

Y la nueva madre todavía vive en la pequeña cabaña, pero las ventanas están cerradas y las puertas no se abren, y nadie sabe cómo luce por dentro. De vez en cuando, cuando oscurece y la noche está tranquila, Ojos Azules y la Pavita se acercan con sigilo, tomadas de la mano, al hogar donde alguna vez fueron tan felices, y con el corazón en la garganta, observan y escuchan atentamente; a veces ven un destello deslumbrante por la ventana, y saben que se trata de la luz de los ojos de cristal de la nueva madre, o escuchan un extraño ruido amortiguado, y saben que es el sonido de su cola de madera que se arrastra por el suelo.



NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

La traducción de estos tres cuentos de hadas es de Alejandra Yepes (ganadora de la Beca de traducción convocada por Idartes en 2021) y las ilustraciones son de Alexa Forero (ganadora de la Beca para ilustrar un Libro al Viento de la colección inicial para niños convocada por Idartes en 2022). El cuento original en inglés de "A través del fuego" ("Through the Fire") se extrajo de *On a Pincushion and other Fairy Tales* (Seeley, Jackson, & Halliday, 1877); el libro en el que apareció por primera vez "The New Mother" ("La nueva madre"), en 1882, es *The Anyhow Stories, Moral and Otherwise*; y "Melisande" apareció por primera vez en *Nine Unlikely Tales*, en 1901.

NOTA SOBRE LA ILUSTRADORA

Alexa Forero estudió Dirección de Arte en Argentina, donde se desempeñó en el área editorial y luego se especializó como ilustradora. En el 2015 ganó la beca Artistas Jóvenes Talento con la que viajó a México para hacer una residencia en el estudio del maestro Gerardo Suzán. En el 2017 ganó un premio gracias al cual publicó *La niña que cabalgaba leones*. En 2018 participó en el LABIC (Laboratorio de Innovación Ciudadana) por la paz, en la ciudad de Pasto, y en 2019 ingresó a la maestría en Diseño y Comunicación Visual de la Universidad Nacional Autónoma de México.

LUCY CLIFFORD

Nació el 2 agosto de 1846 en Londres, bajo el nombre de Lucy Lane. Escribió cuentos, novelas, artículos de prensa y obras de teatro, sin duda alentada y estimulada por el grupo de personalidades que la rodeó a ella y a su esposo, el matemático William Kingdon Clifford, y del que hicieron parte Thomas Huxley, Virginia Woolf, Thomas Hardy, Leslie Stephen y, especialmente, Henry James, de quien fue amiga. Murió el 21 de abril de 1929, de modo que alcanzó a ser testigo de las enormes transformaciones de la sociedad inglesa, entre estas la desaparición de las costumbres victorianas. El cuento incluido en este libro hace parte de *The Anyhow Stories, Moral and Otherwise*, una reunión de historias que escribió para sus hijos y que publicó en 1882

MARY DE MORGAN

Nació el 24 de febrero de 1850 en Londres y fue la autora de tres colecciones de cuentos de hadas —género que, influenciada por Hans Christian Andersen, cultivó alejándose de sus más populares convenciones—: *On a Pincushion* (1877), del que extrajimos el cuento que aparece en este ejemplar, *The Necklace of Princess Fiorimonde* (1880) y *The Windfairies* (1900). Hizo parte de la una liga que promovía el sufragio de mujeres, lo que de algún modo se reflejó en sus historias, protagonizadas por mujeres fuertes y que contravenían las expectativas que la sociedad tenía sobre ellas. Murió de tuberculosis en El Cairo, el 18 de mayo de 1907.

EDITH NESBIT

Edith Nesbit nació en Londres el 15 de agosto de 1858. Se casó con Hubert Bland con quien fundó la Sociedad Fabiana (1884), un movimiento socialista británico que pretendía alcanzar el socialismo de manera gradual sin ser estrictamente revolucionario. Adoptó actitudes que en su momento fueron contestatarias para su sociedad: llevar el pelo corto, andar en bicicleta, no usar corsé; sin embargo, firmó muchos de sus libros como "E. Nesbit", para ocultar su identidad femenina. Fue una autora muy prolífica: no solo publicó libros para niños y jóvenes, sino también novelas y obras de teatro, entre otros géneros. Murió el 4 de mayo de 1924.

Libro al Viento

COLECCIÓN INICIAL

Es de color verde y está destinada al público infantil y primeros lectores.

3 CUENTOS PARA SIEMPRE
Varios autores

6 CUENTOS DE ANIMALES
Rudyard Kipling

13 LOS CUENTOS
Rafael Pombo

17 LOS VESTIDOS DEL EMPERADOR Y OTROS CUENTOS
Hans Christian Andersen

36 PARA NIÑOS Y OTROS LECTORES
Alphonse Daudet

39 POESÍA PARA NIÑOS
Selección de Beatriz Elena Robledo

47 ALICIA PARA NIÑOS
Lewis Carroll

48 JUANITO Y LOS FRÍJOLES MÁGICOS
Joseph Jacobs

51 RIZOS DE ORO Y LOS TRES OSOS
cuento tradicional inglés

55 PETER Y WENDY (PETER PAN)
James Matthew Barrie

87 LAS AVENTURAS DE PINOCHO. HISTORIA DE UNA MARIONETA
Carlo Collodi

94 FÁBULAS DE SAMANIEGO
Ilustradas por Olga Cuéllar

95 COCOROBÉ: CANTOS Y ARRULLOS DEL PACÍFICO COLOMBIANO
Selección de Ana María Arango
Ilustrados por Ivar Da Coll

105 FÁBULAS DE LA FONTAINE
Ilustradas por Olga Cuéllar

115 FÁBULAS DE IRIARTE
Ilustradas por Olga Cuéllar

123 PIEL DE ASNO Y OTROS CUENTOS
Ilustrados por Eva Giraldo

129 JUAN SÁBALO LEOPOLDO BERDELLA DE LA ESPRIELLA
Ilustrado por Eva Giraldo

134 LA DICHA DE LA PALABRA DICHA
Nicolás Buenaventura
Ilustrado por Geison Castañeda

136 HIP, HIPOPÓTAMO VAGABUNDO
Rubén Vélez
Ilustrado por Santiago Guevara

140 FÁBULAS DE TAMALAMEQUE
Manuel Zapata Olivella
Ilustradas por Rafael Yockteng

143 NARICITA IMPERTINENTE Y LA CASA DEL PÁJARO CARPINTERO AMARILLO
Monteiro Lobato
Ilustrados por Sindy Elefante

147 TRECE RELATOS NÓRDICOS *Varios autores*
Ilustrados por Mónica Peña, Andrés Rodríguez, Amalia Satizábal, Alejandro Uscátegui y Ingrid Vang Nyman

152 PACO YUNQUE
César Vallejo
Ilustrado por Alicia Garavito

155 HISTORIAS DE EUSEBIO
Ivar Da Coll

162 LA CASA ENCANTADA
Poesía venezolana para niñas y niños
Selección y presentación de María Elena Maggi
Ilustrado por Álex Sarmiento

163 BOGOTÁ CONTADA PARA NIÑAS Y NIÑOS
Jairo Buitrago Adriana Carreño, Francisco Montaña Catalina Navas, Eduardo Otálora Celso Román. Ilustraciones de Claudia Rueda, Natalia Rojas, Leonardo Gómez, Juan Camilo Mayorga, Gabriela Otálora, Lorena Bayona

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

Escanea este código e ingresa a la biblioteca digital, donde tendrás a disposición más de 90 de nuestros títulos.

CONGELADA

La nueva madre y dos cuentos victorianos más
fue editado por el Instituto Distrital de las
Artes - Idartes para su Biblioteca Libro al Viento,
bajo el número 167, y se imprimió en el mes de
abril del año 2023 en Bogotá.

CIRCULACIÓN
GRATUITA

167

“—Entonces, ¿no puedes dejarnos ver al hombrecito
y a la mujercita? —preguntaron.
—¡Oh, vaya, no! —respondió la muchacha—.
Solo puedo mostrárselo a niños traviesos.”

(Lucy Clifford, “La nueva madre”)

COLECCIÓN INICIAL

La BOGOTÁ que estamos construyendo
libro al viento
LEER PARA LA VIDA
ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ D.C.
INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES IDARTES
BOGOTÁ